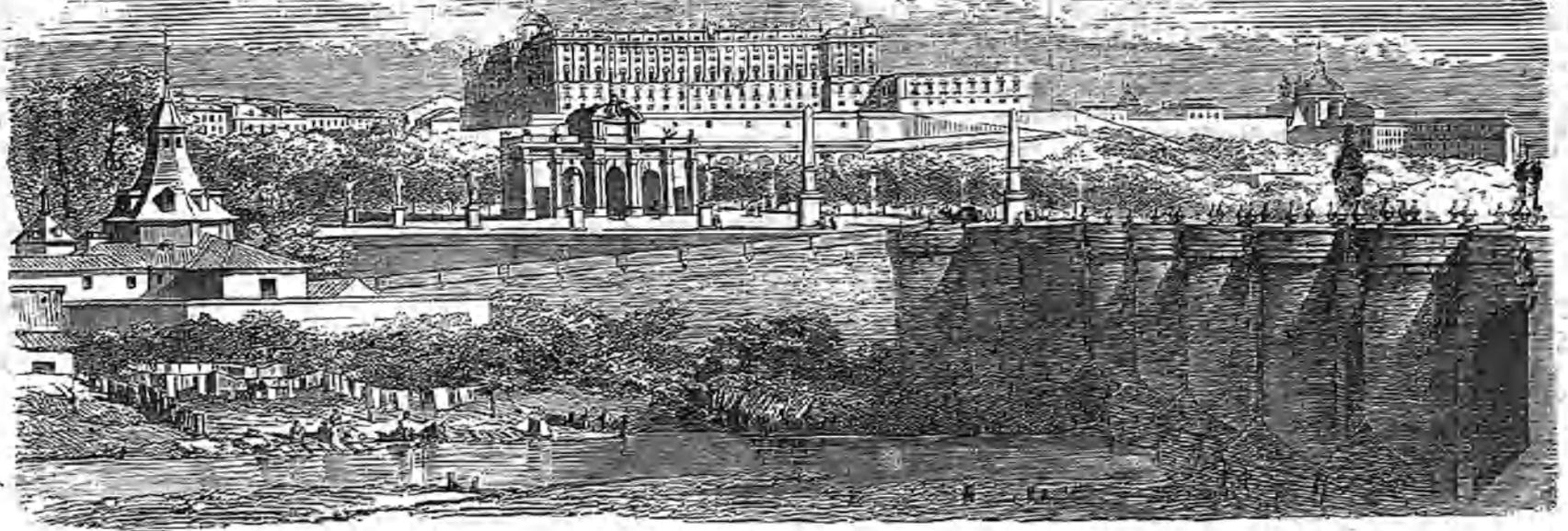


# LA ILUSTRACION DE MADRID



REVISTA DE POLITICA, CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.

AÑO II.

MADRID 15 DE JUNIO DE 1871.

NÚM. 33.



EXCMO. SEÑOR DON ANTONIO CANOVAS DEL CASTILLO.

## SUMARIO.

Tercio.—Advertencia, por La Redacción.—Rosas, por D. Isidoro Fernández Flores.—Memorias del destierro. Capítulo primero de un libro inédito, por D. Emilio Castelar.—Las tragedias de Séneca, por D. Eugenio de Ochoa.—Cántico de Depara, por D. José Antonio García de la Haza.—Los Nasiríes, por D. A. de Montalvo.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, por D. S. López Guíjarro.—El monasterio de Yuste, por D. V. Barrantes.—Cartas acerca de la cuestión de la ópera en España, dirigidas á M. Karl Pitters. Carta primera, por D. Antonio Peña y Goñi.—Tram-vía de Madrid.

Galerías.—Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo, fotografía del Sr. Laurent, dibujo de D. A. Peres.—Incendio del palacio de las Tullerías, dibujo de D. Daniel Peres.—Monasterio de Yuste, dibujo de D. F. Pradilla.—Derribo de la columna de la Plaza de Vendôme, croquis de Mr. Raoul Letendre, dibujo de J. L. Pellicer.—Romería de San Antonio de la Florida, dibujo de D. F. Pradilla.—Coche para el servicio de la tram-vía de Madrid, dibujo del mismo.—Jeroglífico.

## ADVERTENCIA.

Fundada LA ILUSTRACION DE MADRID por una sociedad de aficionados del arte, que profesan las más encontradas opiniones políticas, vió la luz pública haciendo la explícita declaración del firmísimo propósito que tenía de observar la más estricta neutralidad en la lucha de los partidos, limitando sus aspiraciones en este punto á ofrecer en sus columnas un palenque de ilustración y de ciencia donde el laurel del triunfo fuese únicamente dado al vencedor por la severa y desapasionada conciencia del público.

Un periódico de esta índole debe limitarse á reflejar en sus páginas, con la fidelidad la importancia y el interés que naturalmente tengan, los hechos y los hombres contemporáneos. Dentro de él, caben todas las opiniones y todas las firmas. Es como el álbum que el guardian de un monumento ofrece á los príncipes, á los hombres políticos, á los sabios, á los literatos, á los artistas, á todos cuantos descuellan sobre el nivel vulgar y le visitan: todos ponen en él su nombre y su leyenda. ¿Qué importa que las inscripciones de los unos no esten inspiradas en el sentimiento, en la pasión, en las preocupaciones acaso de los otros? Allí quedan los pensamientos, los juicios, las afirmaciones contradictorias: ellos pasan y la posteridad es el juez de todos.

LA ILUSTRACION DE MADRID tiene la noble satisfacción de poder afirmar que bajo este punto de vista ha llenado su propósito. En el curso de su publicación ha enriquecido el caudal de la literatura patria con artículos de los escritores de más talento y justo renombre, y su mayor satisfacción consiste en haber podido reunir en este campo neutral el fruto de la inteligencia de muchos autores que sólo en ella han podido quizás ver unidos sus trabajos y sus nombres, enlazando gloriosamente los de Cánovas, Silvela, Carlos Rubio, Alvareda, Ros de Olano, García Gutiérrez, Robert, Barrantes, Bremon, Nuñez de Arce, Becquer, Fernandez de los Rios, Ayala, Palacio, Lopez Guíjarro, Ochoa, Castelar y tantos otros que representan todos los matices de la política.

Sería, pues, equivocación completamente immotivada la del lector que quisiera desposeer á LA ILUSTRACION DE MADRID de su carácter neutral bajo ese concepto. Dispuesta á honrar sus columnas como hasta aquí, con las más respetables firmas de todos los partidos políticos, deja á los autores de los escritos por completo la responsabilidad de sus afirmaciones y doctrinas, y no responde sino de aquellos que al pie lleven como las presentes breves líneas estas palabras:

LA REDACCION.

## ECOS.

El hábil dibujante francés Mr. Raoul Letendre ha tenido la amabilidad de remitir á LA ILUSTRACION DE MADRID un precioso croquis, hecho con el carácter é interés que sabe dar á cuanto sale de su esperto lápiz: representa el derribo de la columna de Vendôme, tomado en la plaza momentos después de la bárbara demolición del magnífico monumento. Sobre este croquis rico de color de y detalles ha hecho su dibujo el inteligente artista Sr. Pellicer.

Habiase anunciado que el derribo oficial de la columna de Vendôme tendría lugar el martes 16 á las dos de la tarde; pero á las cinco aún no habían logrado su intento los vándalos de la *Commune*. El anuncio publicado en el *Journal Officiel* había atraído á la plaza casi á la totalidad de los habitantes. Todas las bocacillos estaban llenas de curiosos. Entre los innumerables detalles que se cuentan, resalta la manera con que los centinelas trataban á los curiosos que querían acercarse: las despoéticas maneras de los rojos ciudadanos tomaron tal carácter, que se temió un conflicto porque el pueblo indignado prorumpió en amenazas.

Los balcones en todos los alrededores estaban llenos de gente. Los chicos ocupaban los árboles desde temprano, y en las azoteas no cabía una persona más. Bandas de música hacían oír los aires nacionales más populares: la *Marsellesa* era el tema constante. Rodaban la columna altos andamios y numerosas cuerdas. Como ya saben nuestros lectores, alrededor de la columna se había formado un lecho de tierra y ceno para recibirla, evitando así que el golpe de la caída produjese daño á las casas vecinas. Los cristales de las tiendas vecinas estaban forrados de papel para evitar que se rompieran con el estremecimiento. La estatua de Napoleón estaba adornada con una bandera nacional. Los federales en armas mantenían el orden en la plaza á culatazos, y en ciertos lugares con la punta de la bayoneta: el pueblo no se atrevía á criticar aquella grotesca escena aunque la condenaba en su conciencia.

Las bandas de música tocaron un aire nuevo; asegúrase que fué compuesto para el objeto de aquella fiesta. Los cables por donde se tiraba de la columna estaban perfectamente tensos: los hombres seguían dando vuelta á las cábricas. De repente todo quedó en silencio: las cábricas y motores crujían; todos esperaban el próximo segundo para ver caer la columna, pero la columna se mantenía en pie: un cable saltó y el pueblo dió muestras de alegrarse: eran las cinco de la tarde, y á las cinco y media, reparada la avería, continuaba la obra: la columna empezó á moverse; la estatua se bambolecaba, y entre un grito de horror cayeron la estatua y la columna.

Para completar estos detalles referidos por un testigo presencial, diré que no bien se supo en Versalles el derribo de la columna, el gobierno presentó á la Asamblea un proyecto de ley decretando su restablecimiento, en el que se decía que en el remate de aquella se colocará la estatua de Francia: proyecto que fué aprobado, y que se está realizando en estos momentos.

La famosa columna era de mampostería en su interior y estaba forrada de planchas de bronce, cuyos bajos relieves representaban las campañas del primer Napoleón.

Algunas de las planchas han desaparecido, y el gobierno francés las reclama amenazando severamente á los que las ocultan.

El dibujo del Sr. Peres que representa el incendio del palacio de las Tullerías da fiel idea de uno de los hechos que más reflejan el espíritu de ferocidad y exterminio que animaba á los monstruos de la *Commune*: el incendio de las Tullerías.

Este magnífico palacio que los insurrectos de París han reducido á cenizas, empezó á construirse en el año de 1564 bajo la dirección de Filiberto Delorme y para que lo habitase Catalina de Médicis; desde la citada fecha hasta ahora, raro ha sido el monarca de Francia que no ha hecho modificaciones para embellecer cada día más el edificio.

Una fortaleza era el Louvre en los tiempos de Felipe Augusto; Carlos V la dió mayor ensanche; Francisco I la empezó á convertir en palacio distinguiendo las obras Pedro Lesceot, obras continuadas en mayor ó menor escala por Catalina de Médicis, Enrique IV, Luis XIII, Napoleón I y Napoleón III. Últimamente estaban instalados en el edificio magníficos museos, conteniendo además una biblioteca de 90.000 volúmenes.

Fiel á las tradiciones de mi patria, rara vez dejo de asistir á romerías y verbenas: no sé que corriente me lleva hasta contra mi voluntad á los sitios en que el pueblo por dar muestras de devoción come torrazos, ó buñuelos, compra pitos, campanillas y santos de barro. Suéldeme á veces como en la última verbena de San Antonio de la Florida, que al ir entregado á mis pensamientos por esas calles de Dios, pasa junto á mí una alegre turba de gente moza tañendo bandurrias y guitarras y entonando canciones. Mis pasos se detienen y huyen mis pensamientos, por tristes que sean. ¿Qué torrente de ventura llena la atmósfera! ¿Por qué aquellas voces roncás y aquellos cantos sin armonía resonan con ecos tan halagüeños en mi oído! ¡Ah! ¡son los cantos que escuchamos cuando niños en la primera verbena, cuando nos compraron el primer ramo de grosella y la primer maceta de albahaca! La turba pasa y mis pies torciendo el camino se van tras ella. Pero, no son los pies, es el corazón, es el alma quien se va tras ella!

¿Quisiera yo que viniese aquí el mismo Faganini á ver si tocaba con más sal y más aquel esta guitarra! me decía en la verbena de San Antonio un mancebo de la barbería en que yo, por mi desgracia, me afeito.

Y es verdad, no he oído nada como la guitarra de mi barbero, como ese descomunal y endiablado instrumento que suple en sus manos á una orquesta de profesores: que en el día en que su dueño ha cobrado buenas propinas parece tañida por los ángeles, y que cuando no tiene dinero suena destemplada y cruel como una murga.

¡Oh, Dios! En la última verbena de San Antonio de la Florida, mi barbero salió de su casa contento como una pasuca. Bajaba hacia la ermita del Santo al frente de todos los músicos de ocasión del barrio, á modo de un general que precede á su tropa. ¿Cómo sonaba su guitarra! ¡Vamos, si era imposible que hubiera penas que no disipase, ni corazones que no saltase dentro del pecho bañado en júbilo!

Hála que hála, así llevo mi barbero á la verbena donde iba á buscar á su novia, más fiel en responder á sus halagos que las cuerdas de su guitarra.

Mas, ¿qué sucede que el músico se queda con la diestra mano en el aire, interrumpiendo los compases, y después de una breve pausa rasga furiosamente la guitarra que ruje bajo sus dedos semajando una sinfonía diabólica!

El pobre ha visto á su novia charlando con otro en *visas allegro*. Los celos guían su mano: dentro de su guitarra parece que están encerrados distintos y numerosos animales que pugnan por salir y no pueden, y que gruñen, y bufan, y se revuelven en lucha incesante, con voces que hielan, chillidos que crispán los nervios y ayes que ponen los pelos de punta! (Se diría que resucitaban dentro del hueco de su guitarra las maldiciones y los gemidos de los desventurados parroquianos á quienes diariamente monda sin piedad las caras en la barbería!!!)

De pronto entre la música de los guitarristas, y las voces de los vendedores, y el asordador murmullo de las mil parejas que celebran la verbena hablando y riendo en vaiven incesante, se levanta una voz que pide socorro.

—Que es ello.

—¿Qué ha de ser: un músico que le ha roto á uno la guitarra en la cabeza!...

Há aquí el fin de las guitarras... y de las verbenas.

Qué extraño es que haya quien escriba con los pies cuando hay quien piensa y raciocina y habla con ellos.

Id á ver el baile que con el título de *El espíritu del mar* se ejecuta en el Teatro de Madrid y convendréis en ello.

¿Qué pantorrillas tan elocuentes las de la señorita Pinchiara!

En Viena causa admiración una niña italiana, Teresa Gambardella, cuya cara y cuerpo están por completo cubiertos de una espesa cabellera.

Los sabios alemanes, al decir de *La Correspondencia de España* se ocupan en sus periódicos científicos de tan curioso y rarísimo fenómeno.

¿Pues hay cosa de explicación más fácil! ¿Sin duda que esa desgraciada se habrá caído en alguna tina de aceite de bellotas con ó sin savia de coco equatorial!

ISIDORO FERNANDEZ FLORES.

## MEMORIAS DEL DESTIERRO.

(CAPÍTULO PRIMERO DE UN LIBRO INÉDITO.)

Siempre he oído murmurar, cuando alguna persona insignificante abandonaba la capital de España, el célebre dicho de un zapatero orgulloso, pronunciado á la hora de su partida en no sé cuál de las puertas: «Adios, Madrid, que te quedas sin gente.» Eran los días primeros de julio del año de 1869. El calor no podía llamarse, como tantas otras veces, incómodo y sofocante. El cielo ostentaba su proverbial transparencia; el aire corría creando las calles convertidas en ríos por el nuevo sistema de riego; las montañas de Guadarrama tomaban esas tintas de azul oscuro que les da el anochecer con su sombría paleta; mientras el sol se ocultaba, acostándose, á manera de sátrapas orientales, en mullido lecho de nubes rojas como la púrpura.

«Adios, Madrid, que te quedas sin gente.» Adios, bosques del Retiro donde el árbol del amor enlaza sus guirnaldas encendidas con los blancos pompones del castaño de indias; adios, lilas y rosas, que tantas veces para hacer un regalo arrancó furtivamente del ramo arguido, á pesar de mis calorosas defensas del derecho de propiedad; adios, salon del Prado, adios, con tus éticos árboles y tu pequeña pirámide que recuerda un sacrificio tan grande, y tus fuentes teatrales, y tu sin par Mussó, ese olimpo de la pintura donde irán los pueblos en peregrinación cuando renasca el amor al arte, enterrado todavía entre las ruinas de Atenas á pesar de las evocaciones del Renacimiento; adios, pedregoso Manzanares, bosques de la Casa de Campo, monumental esplanada de las Delicias, cuyos bojes me recordaban la Alhambra; rotonda de San Antonio de la Florida, por la cual asoman sus negros ojos las manolas de Goya; adios, Madrid entero, que te quedas sin gente.

Pero mis ojos se oscurecen, mis manos se crispan; frío mortal me sobrecoge, y apenas puedo tenerme de pie. Allí, á la derecha, por el camino de la Fuente Castellana, hay un cementerio. En el cementerio hay unos huesos, riqueza de mi memoria, herencia moral de mi espíritu; unos huesos fríos, pero á los cuales se halla todavía nido el calor de mi vida, como la chispa al pedernal. Dejádme, dejádme enterrar en ese mismo nicho mi corazón; dejádme... Yo quisiera que mi alma fuese la golondrina errante para posarme sobre esos cipreses, y mis lágrimas la lluvia que pasa del oceano á las nubes, y de las nubes á la tierra para dejarlas en las rupturas de esas piedras, y mi seno el seno mismo de la tierra para estrechar eternamente, sin separarlos de mí un minuto, los fríos huesos. ¡Ah! Involuntariamente murmuro estas palabras: Dios, el alma, la inmortalidad; y vislumbro como un sér misterioso de formas invisibles que me convida á continuar hacia el bien y hacia la verdad, por la vida, á pesar de las ronzas y de las espinas del camino.

Nadie me conoce al partir, y nadie me conocerá cuando vuelva, si es que no quedan mis despojos en extranjera tierra. La negra noche viene sobre nosotros, y el negro olvido vendrá sobre nuestros nombres. La locomotora nos recoge y nos arrastra vertiginosamente. Su columna de humo pareceme el ala del tiempo que nos lleva en raudal vuelo hacia la eternidad. La vida es una corriente. Astros, flores, mariposas, mujeres, niños, todo, todo baila una danza macabra, presidida por la muerte en el vals infinito del movimiento universal. ¡Ay de aquel que se para! La inmovilidad aniquila. «¡El Escorial! ¡el Escorial!» dicen los vigilantes del ferro-carril.

Cuántas veces vine á meditar bajo sus frías bóvedas. En cuantas ocasiones, cuando las campanas sonaban á vísperas, y el órgano hechaba la soledad de voces misteriosas, yo apoyaba mi codo en las estrias de las gigantes pilares del crucero, y dejaba errar mis ojos por la rotunda infinita, y por los arcos gigantes, de cuyas sombrías piedras se escapaban los ángeles de los frescos, ángeles vestidos de túnicas de todos colores, y que no pueden ni con sus encendidas alas, ni con su rosada encarnación, ni con su amorosa sonrisa, alejar el frío eterno de aquellos muros; como los santos de Pompeyo Leoni, que parecen de oro macizo, según brillan entre las columnas de mármol sanguíneo del incomparable altar mayor, á pesar de hallarse colocados en una gradación artística para entonar el *Te-Deum* de la inmortalidad, no pueden alejar de aquella inmensa tumba su idea única, la idea de la muerte.

Cuántas veces me ha parecido ver por allí á Felipe II con su negra ropilla, su montera, la toaca oscura al cinto, el tocón de oro al cuello, el devocionario en las

manos flacas y cenicientas como dos arañas, la color pálida, los ojos destellando luz blanquesina como las pajaritas, los labios amoratados por la interior corrupción, rara la barba, alta la frente, siniestra la fisonomía; sombra eterna de aquel eterno sepulcro, sombra que se dibuja en cada piedra y que murmura en cada rumor: Rey, estás enterrado en nuestra conciencia como el eterno modelo de nuestra política. Pero sube á esa rotonda tan alta, mira á los cuatro puntos del horizonte y pregunta á los aires que pasan gimiendo sobre tu sepulcro cuánto ha quedado de tu inmenso imperio. El desierto se extiende á las puertas mismas de tu Madrid. La inquisición cumplió tan bien su cometido, que las bibliotecas se hallan desiertas porque nadie puede leer donde nadie pueda pensar. Tu hijo fué tan piadoso que no quiso ver nuestras tierras produciendo buenos frutos si hablan de ser regadas con sudor morisco. Nos quedamos solos con un solo pensamiento á manera de un murciélago inmenso diseado en nuestra conciencia. Holanda se fué maldiciéndonos, y Flandes, y la Italia, y América... y Portugal, y el inglés clavó su pabellón en nuestra misma tierra, porque tu manto, ese manto real inmenso, más grande que el mar, y que hubiera podido envolver como una funda la tierra, ese manto era un sudario.

Mientras converso con mis recuerdos, los vigilantes del camino gritan: «¡Ávila! ¡Ávila!» El tren se detiene más de lo ordinario. Varios agentes de policía, acompañados de guardias civiles, recorren los coches y nos piden nuestras cédulas de vecindad. Esta demanda muy política, pero muy prosaica, me vuelve á la realidad. Es media noche. Me llamaron la atención los faroles que iluminaban la ciudad y no me llamaron la atención las estrellas que brillaban frías en el cielo de Castilla. Si el hombre tuviera el don de presentimiento nativo en ciertas aves, las cuales anuncian la tempestad, yo hubiera bañado por última vez con fruición mis ojos en aquella plateada luz, que se envían unas á otras las estrellas en el cielo de mi patria. Si yo hubiera sabido en tantos años habla de vivir entre las nieblas, había de suspirar por el azul del cielo, había de estar separado de las estrellas, no cierro los ojos, y paso toda la noche, toda entera, contemplando aquel inerte cantilero del horizonte, aquellas fajas que forman la vía lactea, ese arco lleno con la semilla de los mundos. Me dormí y soñé, soñé con el valle donde corrí mi infancia; vi sus montañas circulares que semejan las paredes de un nido; sus casitas blancas ocultas entre los bosques de olivos y á trechos adornadas por la corona de las palmeras; su alta torre de donde bajaba la sonora voz de la campana saludando con el Ave-María el nacimiento del oca del sol; sus viñedos del color de la esmeralda con sus uvas de la transparencia del ámbar; el río, pobre de aguas, pero de adornos rico, pues corre entre colinas llenas de frutales, y viene sus márgenes sembradas de cañaverales y de adelfas.

«Pero, ¿qué sueño! El mástil alborear del nuevo día viene á sacarme de él. La pálida luz de la mañana se asoma por el Oriente. Nada, nada en torno nuestro, ni un árbol, ni una casa; algunos pueblecillos ocultos en la tierra parduzca, semejantes á nidios de alondras. El desierto, sí, el desierto por todas partes. Parece imposible que seais enemigo de los árboles, cuyos frutos son tan regalados, cuya sombra es tan grata, cuyas ramas dan música á los oídos y atraen la humedad de los aires. Parece imposible que no amais su misterio, y que por todo encanto ofrezais á la vista esos rastrojos interminables, llenos de raíces secas y de nubes de polvo. ¿Será que estáis ahí como una muestra de la esterilidad á que ha venido también la conciencia nacional?»

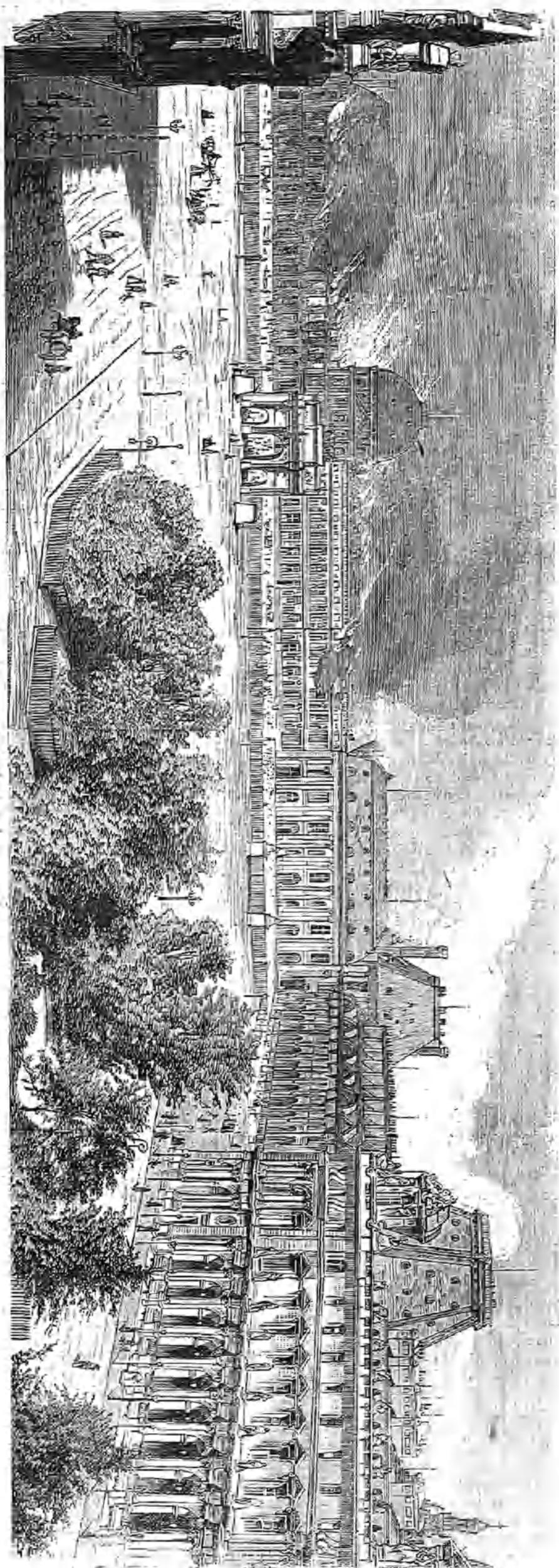
Recuerdo bien que, entrada la mañana, llegamos á Valladolid. No podía detenerme y por lo mismo apenas dirigí mis ojos desde la estación á la gran ciudad que tantas veces había visitado como deben visitarse las ciudades de Castilla la Vieja, con la historia en la mano, ó si queréis con la historia en la mente. La ciudad de Valladolid no es como la ciudad de Burgos, que se descubre desde la estación toda entera coronada por su catedral gótica. Valladolid está tendido en una planicie, y desde la estación nada indica su grandeza. Sin embargo, pocas poblaciones podrán ofrecer tantos recuerdos gloriosos; pocas tantas monumentos soberbios. Yo la he paseado creyendo pasearme con los hombres de otros siglos. Ya veis la casa donde nació Felipe II, ese yerdugo del viejo mundo; ya la casa donde murió Colón, ese creador del Nuevo; ya en el Ochavo, sitio que se aleva en medio de Valladolid, descubris la sombra del cadalso de D. Alvaro de Luna, y la roja de su última prisión en la calle de los Francos; ya os representais en aquellos mismos sitios el auto de fé donde los huesos de los que desaban regenerar la conciencia eran testa-

dos delante del emperador, que tenía de la mano á su nieto, el infeliz príncipe D. Carlos; el emperador, que iba á redimirse su celda de á Yuste, después de haber visto su inmenso poder estrellarse contra la libertad de conciencia. La catedral recuerda la fría arquitectura de fines del siglo XVI; y San Pablo y San Gregorio en sus guirnaldas de piedra toda la eflorescencia de una nueva primavera del espíritu, el calor del Renacimiento que se acercaba; una especie de resurrección del fauno, enterrado en las frías piedras de los templos de la Edad Media. ¡Cuánto he soñado con los tiempos pasados en esas calles, al pie de los conventos murales como fortalezas, á la vista de torres seculares como la torre de la Antigua! Yo también tengo la manía de mi nación y de mi raza; yo también gusto de encerrarme en el polvo de los sepulcros. Será sin duda porque, á pesar de haber trabajado tanto en renovar el suelo y la conciencia de mi patria, he perdido la esperanza, y bajo cada día un escalon del húmedo y triste panteón en que yace un pueblo. Inmensa diferencia de estas razas históricas, tomando el sol, como los lagartos, entre las ruinas del Foro ó de la Alhambra que no pueden reedificar, mal envueltas en los girones de sus antiguos mantos de reina; tristes, indolentes y esclavas; inmensa diferencia de estas razas á las razas fuertes, vigorosas del Norte de América, libres como la conciencia y el espíritu, trabajadoras como la naturaleza, vigorosísimas como la vida, que nada dejan detrás de sí; nada, sino el recuerdo de su República fundada en la virtud y de su declaración de los derechos del hombre, y que, entrando en los bosques vírgenes, con el hacha en la mano, los destrozan, levantan una ciudad donde antes se hallaba el desierto, y extienden por todas partes el calor vivificante de la vida social con los milagros del trabajo.

Pero, ¡la libertad! Cuán lejos de nosotros está la libertad. Llevamos sesenta años de buscarla y no la hemos encontrado. Pero, cómo la encontraríamos bajo la corona de los antiguos reyes. Una libertad coronada con el derecho divino es un escarnio. Para celebrar estas nupcias entre los reyes y la libertad, hemos sacrificado tres generaciones. Jamás reyecillos del interior de África han degollado tanta gente en obsequio á su felicidad, como nosotros hemos degollado en obsequio á estas nupcias nefandas. Catón se mató en la guerra de Pharsalia por salvar la honra de la República; y nosotros en la guerra de los siete años por asegurar sus digestiones reales á la familia de Fernando VII. Allí en uno de los recodos del camino veo á Pampliega. Quisiera detenerme para contemplar el sitio donde hace trece siglos un guerrero se negaba tenazmente á recibir la corona de España. Fué necesario ponerle á Wamba una espada al pecho para que se decidiese á ser rey. Los tiempos han cambiado mucho, puesto que hoy el menor general pone una espada al corazón de los ciudadanos por ser ministro. Wamba se acostó rey una noche y se levantó fraile. Una conspiración de palacio le había abierto un cerquillo y los godos no consentían que las coronas reales pudiesen descansar sobre los cerquillos monásticos. Á nuestra monarquía constitucional le ha sucedido lo mismo. Después de haber arrancado de la Constitución de 1812, se ha convertido en monja.

¡Burgos, Burgos! Ha entrado mucho el día y el apetito se ve provocado por aquellas tazas de negro chocolate y aquellos platos de blanco queso. Yo prefiero el queso fresco de Burgos á todos los quesos del mundo. Así es que en el wagon dirijo alternativamente la mirada al queso y á la ciudad. Hemos pasado así tocando las tapias del convento de las Huelgas. Allí se entierran unas cuantas castellanas con sus escudos y sus blasones al pecho. Yo me oí que al enterrarse vivas las monjas de Cristo, como las vestales de Roma; al renunciar á la vida social y á los gozos santos de la familia, dejaban á la puerta con el olvido de las leyes de la naturaleza el olvido de las distinciones de la sociedad. Yo las creí semejantes á esos ángeles de túnica blanca y alas doradas que entonan sus oración eterna junto al ara del altar mayor. Pero en las Huelgas de Burgos, á la entrada hay una serie inícueta de escudos donde las abadesas graban sus armas, y los nombres de sus ilustres progenitores con todos sus títulos y todas sus condecoraciones. Se puede dejar la inmensidad de la naturaleza y sus inefables gozos; el hogar y su abrigo, la libertad y sus derechos, la familia y sus auxilios tan necesarios á la vida; el amor, la pasión más intensa en el corazón de las mujeres; y no se pueden dejar á la puerta de esos monasterios, que están, como los sepulcros, cerrados al mundo y abiertos á la eternidad, el orgullo de la educación aristocrática.

Nada me llamó la atención cuando estuve en las Huelgas, aparte de aquel pueblo mandado todavía por una abadesa, como la bandera de las Navas colocada



INCENDIO DEL PALACIO DE LAS TULLERIAS.

[Dibujo de D. Manuel Torva.]

allí por el grande Alfonso VIII. Suprimid esta victoria, y desde el estrecho de Gibraltar hasta el estrecho de Mesina se establece el Koran, y dueño de las dos riberas del Mediterráneo extingue en Europa la civilización cristiana; y la Basílica de San Pedro es la Santa Sofía de Occidente. Yo me acerqué á la bandera, que guardan con veneración las monjas; yo la devoré con la vista como el trofeo de una edad gloriosísima. Y la nación que pudo desarmar estas nubes tonantes que amenazaban con un diluvio de sangre, no podrá salir de la niebla mortal en que hoy se halla envuelta.

La catedral es un canto. Aquellos airosos muros, aquellas ventanas cinceladas como joyas; aquellas dos torres á través de cuyos calados se ven pedazos del cielo como turquesas prendidas en sus piedras; aquel bosque de pirámides, agujas, botarales, donde el cielo ha extendido tantas guirnaldas y donde la piedra se hace etérea, sí, aeriforme; toda aquella obra de arte, es como una melodía que os sumerge en el místico encanto de los sueños poéticos iluminados por la fé religiosa de otros siglos. Yo la he visto al ponerse el sol, cuando los rayos la hieren verticalmente y los rojos reflejos de las nubes la bruñen, de manera que parece un edificio de fuego; yo la he visto en tardes de estío, y guardo su recuerdo entre las emociones más duraderas de mi existencia.

La ciudad de Búrgos, monumentalmente considerada, es una de las más dignas de estudio que hay en España, esa región de los monumentos grandiosos. La Cartuja de Miraflores me parece en su género una de las iglesias más notables de España. No tiene aquella gracia y aquella armonía de San Juan de los Reyes que cautiva; pero tiene una grande solemnidad. Los padres de la Reina Católica duermen su eterno sueño en uno de esos sepulcros cincelados á fines del siglo xv, y en los cuales el paganismo renaciente ha derramado en inmortal alegría. El sepulcro de D. Alfonso, el hermano de la Reina Católica, muerto en edad temprana, que está, sino me engañan mis recuerdos, al lado del Evangelio, es también portentoso. El altar mayor ha sido dorado con el primer oro que trajo Colón de América. Parece que la luz del Nuevo Mundo se refleja en sus esculturas. Parece que los albores de aquella naturaleza, que se eleva inmaculada en la inmensidad de los mares, entonan las columnas y las estátuas. Sin embargo, el ánimo no puede libertarse de un sentimiento infinito de tristeza. Ese pálido oro ha sido nuestra perdición y nuestra ruina. Por recogerlo del seno de la tierra manchamos las primeras páginas virginales de la historia de América. Por reunirlo implantamos la esclavitud, inmolamos á millares los indios. Por ese oro reluciente abandonamos los talleres, los campos, el oro modesto, pero eterno, del trabajo. Ese oro es todavía el peso que llevamos atado á nuestros pies en el saco en que vamos encerrados flotando sobre el mar tempestuoso de nuestras revoluciones. Ese oro ha sido nuestra cadena. En aquel ara parece la apoteosis, la divinización de nuestra codicia, que yo maldigo, y que maldecirán todas las generaciones hasta la consumación de los siglos.

Un fraile nos acompañaba, que por cierto nada tenía de cartujo, según lo charlatan y pendercierno. Estos frailes, que se han escapado de la ruina de las comunidades religiosas, debían parecer sombras escapadas de los sepulcros. Ya que no tuvieran otra cualidad, debían tener poesía esas ruinas móviles y vivientes. Yo estaba más conmovido, yo que entraba allí sin tener un átomo de su fé. Reinaba en las celdas un angusto silencio. Convidaban al recogimiento, á la meditación; podía anticipadamente gustarse en su seno la tranquilidad de la muerte, en la cual con tanta voluptuosidad piensan todos los desesperados. En cada celda había un huerto, una sepultura. Yo me imaginaba uno de aquellos hombres de otros siglos templados para la fé religiosa, cavando al rayo de la luna y al rumor de los melancólicos sonidos de la noche, en el duro suelo su propia sepultura. Al fin todos somos cartujos y todos nos cavamos nuestro propio sepulcro con la ilusión, con la esperanza, con el deseo, esas continuas é incontrastables aspiraciones á la muerte.

Uno de los edificios que deseaba ver con más anhelo en Búrgos, era el monasterio de San Pedro de Cardena. *El Romancero* es nuestra epopeya. Su autor ha sido el pueblo. De él ha emanado el teatro, con él se han estrechamente enlazado las crónicas; suya es la esencia de nuestro arte, suyas las grandes aspiraciones á la independencia, primeros confusos vajiidos de las fuertes aspiraciones á la libertad. Por nuestros municipios nos parecamos á Italia, por nuestro romancero á Grecia, como por nuestro inmenso imperio á Roma. El pueblo ha oido esas historias modeladas en dulces armonías, á las puertas de sus campamentos, en el seno de sus asambleas, como una escitación al combate, como un



MONASTERIO DE YUSTE.  
(Dibujo de D. F. Pradilla.)

grito de victoria, como un consuelo en las derrotas, y después ha dejado esa poesía como un espléndido espejismo, en los horizontes del tiempo. Mas el héroe, el alma, la vida de este poema gigantesco es el Cid. ¿Quién deseará ver San Pedro de Cardena, el sitio, el lugar de su sepulcro? Yo tengo para mí que los monjes de San Pedro crearon la leyenda monástica del Cid en provecho de las rentas del convento. Como el Cid es la imagen del pueblo castellano en lucha por su independencia, llegando á las orillas del Mediterráneo entre empresas titánicas, todas las que quisieron ser populares, se apoderaron del Cid. El rey imaginó un Cid reverente, la nobleza un Cid altivo ante el rey, el pueblo un Cid nacido junto á la piedra del molino, en la cabana del trabajo, y elevándose por sus esfuerzos más alto que los tronos. Los monges podían explotar al Cid muerto. La industria monástica ha tenido siempre su principal fábrica en el sepulcro. La eternidad ha sido el capital infinito de que ha sacado tan maravillosos réditos. El Cid sentado á la derecha del altar mayor, después de haber muerto, atraía la concurrencia de los fieles al templo. Un judío que intentó mearle la inmóvil barba, le despertó á la vida. Al ver el gran cadáver sacar la espada para vengar aquella afrenta, como en sus mejores tiempos, el judío cayó de rodillas á sus pies y le pidió el bautismo. Por tal milagro añaden las gentes en tropel á un monasterio donde se dispensaba la salud y se guardaban las sagradas reliquias del héroe que con Pelayo, con Fernán-González, con Sancho Abasco, es uno de los fundadores de la independencia española.

El histórico monasterio es hoy un presidio y se levanta en triste soledad. El señor arzobispo de Burgos envía allí los clérigos que han faltado á la moral, á la disciplina ó al dogma. Por regla general pocos faltan al dogma, porque pocos piensan. La mayor parte de los castigados son los desobedientes. Había muy escasos penados con relación al número de clérigos que hay en la provincia. Burgos no tiene bastante con sus contribuciones para pagar su clero. Á fin de que sus habitantes encuentren llano el camino del cielo, España entera les ha de pagar los caminos de la tierra, amas de correa, ejército, administración provincial, todos los servicios. Yo condenaría á la provincia de Burgos á pagarle ella misma puesto que ella los aprovecha, y entonces veríamos si continuaba dándose ese lujo de clero.

El monasterio apenas conserva una pequeña galería bizantina, como recuerdo de sus primitivos tiempos. La iglesia es de un gótico ya muy avanzado, como el sepulcro del Cid. Y el resto del monumento es del siglo XVII, y se parece más á los Inválidos de París que á los gallardos edificios de Castilla. Yo no creía entrar en el monasterio histórico por excelencia, sino en espaciosas casa de campo. Los cerdos hociqueaban montones de inmundicia en el patio. La esquila del ganado lanar sonaba en los corredores. Algunas mulas sin cabezal ni aparejo corrían de un punto á otro, segun su grado, mostrando que al fin algun ser era libre en aquella cárcel. El prior, ó como quiera llamarle, gritó descompasadamente cuando un clérigo sombrío y arisco fué á anunciarle que algunos forasteros desahaban ver el convento; pero se apaciguó mucho cuando al asomarse á la ventana vió que habíamos ido en elegante coche, obsequio de un amigo burgalés. El buen prior estaba en el monasterio como la ostra en su concha. Nada sabía, ni de sus más bellas tradiciones. Dijonos que por una de aquellas ventanas se había asomado Jimena á despedirse del Cid, y la ventana era ó del siglo pasado ó del siglo XVII.

De todos modos, cuando se entra en aquella capilla, cuando se ve aquel sepulcro, siquiera sea posterior á la edad que sigue á la muerte del héroe, y aquellos retratos de su familia mucho más posteriores todavía; cuando se recuerda que en torno de aquellas piedras ha gravitado la sagrada materia de que se formó la patria, y que en torno de aquella figura ha nacido nuestra epopeya, nuestra lengua, nuestro teatro, para después dominar en el mundo, y atravesando los mares encontrar otro nuevo á la dilatación de tanto genio, la sangre de nuestra raza se agolpa al corazón que late fuertemente y nos parece estar viendo, estar tocando la humilde copa de aquella nacionalidad que, más tarde, no cabía por su grandeza en la tierra.

Todo esto les iba yo contando á mis compañeros en el trayecto del postrer viaje por la patria, que me servía como recuerdo de mis anteriores viajes y como despedida á una de las épocas más agitadas de mi existencia. Al poco espacio de Burgos el suelo toma ya el aspecto de las tierras del Norte; el horizonte el tinte de la blanca mate que descolora su azul; y las montañas una imponente grandeza. Después de atravesar el Ebro

entramos en el corazón de las cordilleras. Provincias Vascongadas, yo saludo vuestras antiguas libertades. Si no estuviérais tan apegadas á vuestras venerandas tradiciones, si hubiera pasado por vuestras aldeas un soplo de la revolución religiosa, hoy seriais la Suiza del Pirineo. De todos modos, Rousseau, el profeta de la soberanía de los pueblos, cantó vuestro árbol de Guernica; las legiones de la República francesa ornaron con sus sagradas rimas las armas de la libertad; y España entera os envidia que hayais podido salvaros de la segur de la monarquía tan asoladora como la guadaña de la muerte, y que hayais conservado en vuestros riscos una sombra al menos de vuestras asambleas populares y un testimonio de lo antiguos que son en nuestra patria las tradiciones de la libertad. Los montes Pirineos, en realidad más altos que los Alpes y en apariencia más bajos, semejantes á una ondulacion del fuego central, á una gradiería de colinas, cuya simple arquitectura es la admiracion de los geólogos, y cuyos fuertes muros la mútua salva-guardia de dos naciones antiguamente rivales; esos montes nos ofrecen como rídeas de blancas palomas en sus dulces laderas sembradas de pinos, á orillas de los torrentes, los pueblos vascongados. Alguna vez el Océano penetraba en aquellas rias bajas y profundas, y formaba dentro de los valles graciosas ensenadas semejantes á dormidos lagos. Parecía-me que la nacion donde hemos nacido se embellecía para despedirnos. De pronto el tren pasa un río, el genarme francés nos habla un lenguaje medio vasco, medio español. Me parecía un sueño. Tendí al horizonte los ojos arrasados de lágrimas, y me despedí tal vez para siempre de la tierra de mis padres. Héme aquí, ¡pobre naufrago! en la árida playa del destierro.

EMILIO CASTELAR.

Órbita, 9 de setiembre de 1861.

## LAS TRAGEDIAS DE SENECA.

### I.

Durante las guerras civiles de César y Pompeyo, vivía en Córdoba, su patria, un afamado maestro de gramática y retórica, llamado Marco Anio Séneca, de cuya prodigiosa memoria se cuentan cosas difíciles de creer. Es una de ellas, que con sólo oír una vez á doscientos ó más de sus discípulos recitar cada cual un verso, los repetía él todos de seguida uno tras otro por su orden, pero invertidos, esto es, empezando por el último y acabando por el primero, rara facultad de retentiva que conservó hasta edad muy avanzada: así lo declara él mismo en el prólogo de sus  *Suasorias ó Declamaciones*. Este tan memorioso Séneca el padre, llamado también el Viejo para diferenciarle de su hijo primogénito, Lucio Anio el Filósofo, denominado el Menor, es generalmente conocido en la historia literaria con el sobrenombre de el Orador. Su mujer, llamada Helvia ó Elvia (lo mismo que la madre de Cicerón), cordobesa también, ganó fama de muy honrada y discreta, á más de muy hermosa: de ella tuvo tres hijos, únicos á lo menos de que ha quedado memoria, á saber: el ya citado Lucio Anio; el Filósofo, tan célebre por sus numerosos libros de filosofía estóica como por haber sido preceptor y víctima de Nerón; Marco Anio Novato, que verosíblemente fué el poeta trágico y que también llegó á ser un importante personaje político, como procónsul de la Acaya, trocado ya su apellido ( *cognomen*) por el de Galion, ante cuyo tribunal compareció San Pablo en Corinto, segun se refiere en el capítulo diez y ocho de los  *Hechos de los Apóstoles*; y últimamente Anio Mella, famoso únicamente por haber sido padre del insigne poeta Luciano, el cantor de la Farsalia. Los tres pasaron con su padre desde muy muchachos á Roma, donde el ya reputado orador cordobés continuó con gran crédito su enseñanza pública de gramática y elocuencia.

Esto es lo que, como más verosímil, deduzco de los pocos datos seguros y de las innumerables cuanto contradictorias opiniones que sobre estos sencillos hechos relativos á la familia de los Sénecas nos ofrecen la historia y sus comentadores. Libréme Dios de la tentacion de amontonar aquí la infinidad de textos latinos que desde Tácito, Marcial y Quintiliano y el mismo Séneca el Filósofo, hasta Erasmo, Justo-Lipio, los dos Escaligeros, nuestro español del Río (el  *Delrius* tan afamado entre los grandes escoliadores y demonólogos del siglo XVI) y tantos otros sabios ilustradores de la antigüedad pagana, confirman las varias opiniones que corren sobre este punto, todas tienen en su apoyo grandes autoridades antiguas aun sin contar las modernas. No

negaré que la más generalizada discrepa de la que aquí he asentado: esa opinion vulgar refunde en un solo y único individuo al Filósofo y al poeta trágico, dejando en completa oscuridad literaria al segundo Séneca, á quien atribuyo aquí las tragedias que corren con este ilustre apellido. Celeberrimos comentadores desmienten esta opinion: otros no menos celeberrimos la apoyan. ¿A cuáles creer?

Por mi parte, lo que me decide á adoptarla, amén de otras razones de orden puramente literario, es un texto de Sidonio Apolinar, el santo obispo y poeta galo del quinto siglo, en que no se ha parado bastante la atención y que á mi juicio resuelve el punto completamente, por cuanto declara de la manera más positiva que el maestro de Nerón y el poeta trágico fueron dos Sénecas distintos \*. Lo mismo vienen á decir con menos claridad los conocidos textos de Marcial, de que resulta que hubo tres Sénecas célebres hijos de Córdoba; pero esta autoridad es mucho menos decisiva, no porque Marcial no sea un gran texto, sino porque no sabemos en qué concepto considera célebres á esos Sénecas; podía muy bien aludir al orador, al filósofo y poeta y maestro de Nerón, todo junto, como lo entiende la mayoría de los intérpretes, y al padre de Luciano ó acaso al segundo hermano Novato, que también se distinguió como procónsul ó gobernador de la Acaya. Ni Marcial, ni Quintiliano, ni Tácito, que florecieron poco después de los Sénecas y cuando la fama de estos, como escritores, habia alcanzado en Roma su más alto punto, dicen positivamente que el Filósofo compusiese las tragedias que se le atribuyen; difícil se hace creer además que en su posicion oficial pudiese escribir para el teatro. Sidonio Apolinar declara lo que dejo apuntado: arrimome, pues, á Sidonio Apolinar, que nunca es mala compañía la de un obispo, sabio y santo \*.

### II.

No para aquí las sombras y dificultades de este asunto. Determinar al cabo de diez y nueve siglos cuál de los tres Sénecas fué el verdadero autor de las diez únicas tragedias que nos ha legado la antigüedad latina, es ya punto poco menos que imposible; pero lo que nos parece imposible de todo punto es determinar si realmente esas tragedias son de alguno de los Sénecas; si en tal caso son todas de uno sólo ó de dos, ó de más, incluso el padre Orador y el sobrino Luciano, como quieren algunos de los sabios arriba citados, ó si no son ni de todos, ni de ninguno de ellos, sino de diferentes autores desconocidos, como pretenden otros sabios.

Que no todas son de un mismo autor, Séneca ó no Séneca, parece cosa fuera de toda duda y que fácilmente se demuestre por la diversidad de estilos y de su mérito relativo. Segun una opinion muy acreditada y con que estoy perfectamente conforme, sólo tres de aquellas tragedias son obra de un mismo Séneca, á saber: el  *Hipólito*, la  *Medea* y las  *Troyanas*; digamos de paso que son también las mejores, en especial las dos primeras. Los títulos de las otras, por el orden en que se insertan en todas las colecciones clásicas, son el  *Hercules furioso*, el  *Tiestes*, las  *Fenicias* ó la  *Tebaida*, el  *Edipo*, el  *Agamenon*, el  *Hercules Eteo* y la  *Octavia*. El  *Hipólito* es la cuarta, las  *Troyanas* la sexta y la  *Medea* la séptima.

Dire de cada una de ellas, por su orden, lo que considero más sustancial para dar una idea, aunque muy somera, de su valor literario, que es el de todo el teatro trágico latino. Ya he dicho que nada más nos ha legado en este punto la antigüedad romana.

### III.

El  *Hercules furioso*, imitación bastante feliz de Eurípides, debía producir grande efecto en el teatro por el aparato con que necesariamente habia de representarse para que se comprendiesen bien algunas de sus escenas, especialmente la primera. En ella la celosa Juno desciende del Olimpo, y tendiendo la vista por el vasto firmamento, va reconociendo en las diversas constelaciones que tachonan su negro manto, pruebas inequívocas de los frecuentes extravíos del gran padre de los dioses, consignados en los nombres mismos de aquella multitud de estrellas. Baja después la vista por la

\* El texto es este: hablando de los tres hijos de Córdoba dice:

Quorum unus colit Hippolytum Platona  
Tarsitanaque sacra simul Atracina;  
Orchestraeque quatit Atrax Euripides.

\* Santo es su antigua diócesis de Clermont, donde todavía se rezan de él el 21 de agosto, pero no canonizado ni aun beatificado en Roma.

tierra, y ésta le ofrece iguales testimonios de la infidelidad de su esposo. Exasperada á la vista de Tebas por el rescato de Alemana, madre de Hércules, infunde en el alma de este heroico hijo de Júpiter los furiosos que dan asunto á la tragedia. Redúcese ésta á la pintura de los estragos que hace Hércules, cuando, de regreso de su expedición al Tártaro para libertar á Teso, se encuentra con los terribles desórdenes causados en Tebas y en su propia familia por el tirano Lico, á quien da muerte lo mismo que á todos sus secuaces, comprendiendo en la matanza á su propia esposa Megara y á sus hijos. La obra es una serie de declamaciones sobre estos tan conocidos sucesos mitológicos, en que, sin embargo, se descubre al fin cierta intención moral. Hércules, vencido por los ruegos de Anfítrion y de Teso, desista y se arrepiente de su propósito de quitarse la vida, sobreponiendo de esta suerte la fuerza de la razón y la voz de la conciencia al ciego impulso de la fatalidad.

No sucede así en el *Tiestes*, repugnante esplanación teatral, por no decir dramática, del más horrible episodio de la horrible historia de los Atridas, en que no se descubre el más leve conato de intención moral. Allí nadie se arrepiente, nadie resiste poco ni mucho á la tiranía de la fatalidad; únicamente el sol retrocede espantado á la vista de tan abominables crímenes. Apenas se concibe cómo un asunto tan odioso y poco dramático pudo tentar á los poetas antiguos, y sin embargo, sobre él escribieron los más de los trágicos griegos, y entre ellos el gran Sófocles, á quien sigue de lejos Séneca en su obra; el latino Accio, de cuya tragedia nos quedan unos pocos versos, y aun es fama que la sacaron á la escena en Roma Varro, Graco y el mismo Virgilio. Entre los modernos solo Crebillon, que ya recorda, ha manejado con algun acierto este detestable asunto.

El *Hipólito* es sin duda la perla del teatro trágico latino, pero no pasa de ser una feliz imitación de Eurípides. Nada hay que decir de su argumento, vulgarizado en todos los teatros modernos por la admirable *Pedra* de Racine y sus muchos imitadores. Séneca mejoró en algunos puntos la obra de Eurípides; le dió interés y movimiento dramático; le añadió rasgos de pasión y delicada ternura de que, fuera de Virgilio, ofrece muy pocos ejemplos la literatura latina.

De la *Tebaida*, titulada también las *Fenicias* (*Phoenices*), episodio de la lamentable historia de Edipo, sólo quedan algunos fragmentos mutilados que escasamente dan idea de lo que pudo ser la tragedia completa. Faltan los coros, faltan escenas enteras en todos los actos; pero desde luego se descubre que es una imitación de la de Eurípides del mismo título. En ninguna otra producción tal vez abundan tanto como en ésta el estilo campanudo, la hinchazón, las metáforas violentas, precursoras del futuro *gongorismo cordobés* que son el lazo común que une á todas estas tragedias, y sin duda lo que las ha hecho considerar como la obra colectiva de los Sénecas. Dos grandes sabios, sin embargo, Justo-Lipsio y Daniel Heinsio, concuerdan, pero por motivos contrarios, en no atribuir esta tragedia al autor ó autoras de las demás. Al primero le parece demasiado buena, al segundo demasiado mala para ser de un Séneca; y de esta última opinión es también el otro gran sabio Escaligero. Aquí vendría bien aquello de: «Atájeme Vd. esos sabios!»

El *Edipo* es una imitación servil del *Edipo-roy* de Sófocles, muy inferior al original. Como prueba del detestable gusto teatral del pueblo romano, depravado por los sangrientos espectáculos del circo, baste decir que en esta tragedia, al saber Edipo que es hijo de Layo, á quien ha dado muerte, se arranca los ojos con sus propias manos *coram populo*, repugnante operación que va describiendo menudamente en todos sus detalles á medida que la ejecuta. Si se hubiera seguido el orden cronológico en la colocación de estas tragedias, el *Edipo* debería preceder á la anterior.

De las *Troyanas* hizo una menos que mediana traducción en verso castellano nuestro D. Josepe Antonio Gonzalez de Salas, el grande amigo de Quevedo y editor de su *Parvasa*, la cual dió á luz Mayans en el tomo segundo de las ilustraciones de aquel apreciable escritor (1773). Es la única traducción castellana en verso que conozco del trágico latino. Tomó éste de Eurípides el asunto y lo principal de su obra, quedándose, como es siempre, inferior á su modelo; pero en los coros de la tragedia latina hay trozos de un lirismo sorprendente y rasgos de sensibilidad exquisita que no se encuentran en el poeta griego, aunque deslucidos por el afectado discreto, las sutilezas y todo lo demás que me he atrevido á llamar el *gongorismo* habitual de Séneca.

La *Medea* es, después del *Hipólito*, la mejor de estas tragedias, en mi sentir. En ella es donde se encuentran los mejores versos, las sentencias más profundas, las

situaciones más dramáticas de todo el teatro latino. Es también la única, fuera de la *Octavia*, en que se descubre algun rastro de originalidad, pues si bien Eurípides y otros griegos escribieron del mismo argumento (algunos en *estilo de comedia*, al decir del comentarador del Rio, cosa á la verdad difícil de comprender), es seguro que Séneca se aventajó aquí á sus habituales maestros. No sé si se aventajaría igualmente á sus rivales latinos, de los cuales es fama que varios manejaron este mismo argumento con rara fortuna. Quintiliano, en el libro X de sus *Instituciones*, hace un pomposo elogio de la *Medea* de Ovidio. Sobre el mismo asunto escribió Enio, pero de su tragedia sólo se conservan muy escasos fragmentos y de la de Ovidio un solo verso, lo cual dicho se está que no basta ni aun para muestra.

No obstante el indisputable mérito de la obra de Séneca, no de él, sino de Eurípides, tradujo Pedro Simon Abril esta tragedia; pero Corneille y Voltaire en las suyas de este título tomaron mucho de la del ilustre cordobés.

El *Agamenon* de Esquilo, que con justicia pasa por una de sus obras maestras, á pesar del desfavorable juicio que mereció á Laharpe en un en otro tiempo tan famoso y hoy ya olvidado *Curso de literatura*, inspiró á Séneca su tragedia del mismo título que considero una de las más flojas de la colección: en ella me parece ver una de las pruebas más concluyentes de que no todas ellas son de un mismo autor. El de *Agamenon* no tiene de las cualidades literarias de Séneca más que lo declamatorio, lo alambicado y oscuro, lo inoportunamente sentencioso; faltándole su vigor, su profundidad y aquel delicado sentimiento que nos deleita á veces en el *Hipólito*, en la *Medea* y en las *Troyanas*. Entre los poetas modernos sólo Alfieri ha manejado con fortuna, siguiendo en parte las huellas de Séneca, pero mejorando incomparablemente su obra, este magnífico asunto del *Agamenon* de Esquilo.

Lo propio que de esta tragedia puede decirse del *Hércules Bteo*, es decir, en el monte *Bta*, donde es fama que terminó miserablemente sus días el héroe mitológico abrazado por la terrible túnica de Ness. Tampoco esta tragedia reúne las cualidades esenciales de Séneca, ni por consiguiente parece suya. Menos aún lo parece la *Octavia*, no sólo por la razón expresada, sino por otras que saltan á la vista aun del menos perspicaz; no es creíble que un personaje importante de la corte de Nerón sacase á las tablas á una princesa de la familia imperial que aún vivía y á quien el mismo Nerón hizo dar muerte, cabalmente tres años (el 62 de nuestra era) antes que el presunto autor de la tragedia de que se trata, dado que este fuese el preceptor de aquel ministro; en este punto están conformes todos los críticos, y es acaso el único en que lo están. Como quiera, ésta es la única tragedia verdaderamente latina que nos queda de asunto romano, con personajes romanos, y por cierto que la muestra no da grande idea del género: difícil es imaginar producción más infeliz. Con razón opina Justo-Lipsio que no pudo ser escrita sino por un muchacho, ó *pucero scripta*. El estilo además en nada se parece al de las otras obras de Séneca el trágico, ni aun al de la prosa del filósofo: esta, por último, en ningún caso pudo haber sido autor de una tragedia en que se refiere con todas sus circunstancias la muerte de Nerón, que fué quien se la hizo dar á él, prescindiendo de que tampoco era probable que Séneca se sacase á sí propio á la escena, á pesar de que lo mismo hizo algunos siglos después Cervantes en sus *Tratos de Argel*. ¿Cómo á la vista de tales contradicciones continuau ésta y las demás tragedias de que queda hecho mérito figurando entre las obras de Lucio Anneo Séneca el *Filósofo*? Por rutina, porque así lo hicieron las primeras ediciones desde la de Basilea de 1515 comentada por Erasmo, que es la más antigua, hasta la de Adriano Beman con las notas íntegras de Gronovio (1723, dos tomos en folio), que me parece la mejor. Todo indica que la *Octavia* fué compuesta durante las agitaciones de los últimos tiempos del imperio romano y en plena decadencia literaria y política. Esto último se desprende de algunos versos del coro de romanos con que termina la obra.

## IV.

Lo primero que falta á los ojos en esta rapidísima reseña del teatro trágico latino, es que todas las tragedias, con la sola excepción de *Octavia*, son de asunto griego ó imitaciones poco felices de los grandes maestros de aquella nación. Fatal casualidad había de ser que exactamente las excepciones á este hecho fuesen las que se han perdido; y no siendo esto creíble, lo natural es suponer que la musa trágica, menos feliz que la épi-

ca, la lírica y la bucólica, se quedó muy en manillas entre los romanos y no llegó á tener ni un Virgilio, ni un Horacio, ni siquiera un Lucrecio. Es fama, sin embargo, que tuvo muchos y muy ilustres cultivadores. Se sabe por fidedignos testimonios contemporáneos ó poco posteriores, que escribieron tragedias César y Octavio; á Virgilio se atribuye un *Tiestes*, como ya dije, y á Ovidio una *Medea*, de que también queda hecha mención. Ciceron en sus *Epístolas* nos habla con elogio de las tragedias de su hermano Quinto, y en una de las *filípicas*, lamenta la pérdida de las de Servio Sulpicio. Uno de los hombres más eminentes de la corte de Augusto, C. Asinio Polion, el grande amigo y protector de Virgilio que le dedicó su admirable *Égloga 4.<sup>a</sup>*, pasaba por excelente poeta trágico; lo propio Varro, Galo, Mesala, Publio Pomponio, el mismo Mecenas y otros magnates del siglo de oro de las letras latinas. ¿Cómo, pues, no ha llegado hasta nosotros ninguna de aquellas joyas?

Permítaseme aventurar una opinión que á unos parecerá irreverente y á otros temeraria: porque verosísimamente *semper aures joyas no existieron jamás*. Lo mejor de la musa trágica-latina, es, segun todas las probabilidades, lo poco que se ha conservado bajo el nombre de Séneca, y porque en efecto se consideraba y era sin duda lo mejor, es por lo que nos lo han conservado, en medio de las tremendas perturbaciones de los tiempos bárbaros, aquellos doctos claustrados, eternamente benditos de Dios y de las letras, á quienes debemos que se salvaran del naufragio de la civilización antigua Virgilio, Horacio, Ciceron y tantos otros modelos inmortales del arte del bien decir y del bien pensar.

Ya hemos visto que el legado de la musa trágica-latina vale bien poco. Sólo, pues, como dato curioso citaré aquí los nombres de los principales cultivadores que ese género de literatura tuvo en Roma desde los principios, á lo que resulta de algunos cortísimos fragmentos que de sus obras se conservan y del testimonio de sus historiadores y poetas, cuyos textos sería pedantesco é inútil recordar porque se encuentran en casi todos los conocidísimos. Ya tuve ocasión de decir en mis trabajos sobre Virgilio, que detesto la *erudición flebil*. Fueron, pues, aquellos autores: Lucio Andrónico, Enio, C. Nevio, que floreció durante la primera guerra púnica; Pacuvio, de quien Ciceron celebra un *Orestes*; Accio, Afranio, contemporáneos de Terencio, y por último, Séneca ó los Sénecas, como el lector quiera decidirlo después de lo dicho, pues por mi parte doy poca importancia á la cuestión.

## V.

¿Se deduce, sin embargo, de lo dicho, que es justo ni aun explicable el desden con que nuestra literatura ha tratado á Séneca el trágico, no ofreciendo ni una sola edición estimable, ni traducción alguna (que yo sepa á lo menos) de sus obras completas? Ni lo creo justo, ni aun me lo explico siquiera; digo más, lo considero una mengua para nuestra bibliografía. ¡Cosa verdaderamente singular! Un país como el nuestro, donde á falta de otro linaje de estudios vedados á la actividad de los ingenios por una política suspicaz, tanto y con tanta gloria se han cultivado las humanidades, va por debajo de casi todas las naciones del Mediodía de Europa en punto á testimonios públicos de admiración y respeto á los grandes escritores del Latín. Fuera del *Salustio* del infante D. Gabriel, no recuerdo ninguna edición ni traducción alguna verdaderamente clásica, de un autor latino: para leerlos en ediciones dignas de ellos, tenemos que recurrir á Italia, á Francia, á Alemania: lo propio para leerlos bien traducidos y comentados; y es lo más extraño que esas comentarías suelen ser obra de eminentes críticos españoles, entre los que brilla en primer término, por lo tocante á Virgilio, nuestro jesuita el P. Lacorda. Hasta que D. Javier de Burgos publicó en verso las obras completas de Horacio, este gran lírico no tuvo entre nosotros más que escasas traducciones parciales y algunos excelentes imitadores como Fr. Luis de Leon. Para que el gran Virgilio tenga en España una edición completa y decente de sus obras inmortales, tuve yo que lanzarme á la palestra, no obstante mi insuficiencia, de nadie más que de mí mismo reconocida, y como en el pecado de fanatismo literario y amor patrio soy impenitente, aproveché la ocasión para anunciar á los aficionados, que lo mismo que hice con Virgilio me propongo hacer con Séneca el trágico, si Dios me da vida.

Autor ó no de las tragedias que llevan su nombre, Séneca está ya irrevocablemente unido á ellas, y Séneca es un poeta español, el primer ascendiente literario de Góngora y de su fecundísima escuela. A este título, que á la verdad solo puede serlo para nosotros los españo-



DERRIBO DE LA COLUMNA DE LA PLAZA DE VENECIA.—(DROQUIS-DE MR. RAOUL LETENDRE, DIBUJO DE D. J. L. FELLICER.)

les, otros agregan las tragedias de Séneca para que debamos considerarlas dignas de estudio. Hay en ellas copia de admirables sentencias, rasgos de sensibilidad dignos de Virgilio, un nervio y una concisión á veces que recuerdan sin desventaja á Juvenal. Cuando no gon- goriza es un excelente hablador; en sus coros se encuen- tran trozos de poesía lírica y filosófica que hubiera fir- mado el mismo Horacio. Lo repito: desdeñar á Séneca el trágico me parece algo más que una injusticia á secas; lo considero una falta de gusto y una señal de poco in- terés por el crédito literario de nuestro país.

EDGENIO DE OCHOA.

## CÁNTICO DE DÉBORA.

*Psalmi Domino Deo Israel.*  
(Tomo. V—3.)

¡De pié, reyes del mundo...! Vuestras frentes  
Inclinad al compás de mis acentos.  
Príncipes de los hombres  
Y poderosos que diversos nombres  
De autoridad gozais entre las gentes,  
Alzaos y escuchad mi voz atentos.  
Yo soy la que gozo  
Con lengua generosa  
Himno de gratitud á mi Dios canto,  
Al Señor de Israel tres veces santo,  
Yo soy, yo soy la que de Dios la gloria,  
Que me dió la victoria,  
Ensalzo ante su pueblo en este día,  
Y de su amor y su piedad la historia  
Voy á acrecer con la alabanza mia.

De su pupila al movimiento sólo  
Del orbe los quiciales rechinaron  
Con bruscos rozamientos.  
Conmovióse la tierra en sus cimientos,  
Con furia desde el mar al otro polo  
La tempestad y el huracán bramaron.  
Los abismos del cielo,  
Roto el zafiro velo,  
Agua sin fin vertieron á torrentes.  
Los enemigos de Judá potentes  
Delante de Jehová languidecieron  
Y de pavor murieron.  
Rugió la mar doliente, y las montañas  
Bamboleando, su cerviz hundieron  
Derretidas de pasmo en sus entrañas.

De Saugar en los días azarosos  
Desiertos los caminos se encontraban,  
De Jahél los amados  
Por torcidos senderos desviados,  
Del enemigo siempre tamarosos,  
Con sobresalto y pánico marchaban.  
¡Tanto terror do quiera  
Jabin, rey, difundiera!  
¡Tanto el furor de Sisara temían!  
En noche de amargura eral yacían  
Deplorando su adversa, infáusta suerte,  
Más dura que la muerte,  
Las doce tribus de Israel famosas;  
Y el enemigo bando era más fuerte  
Con su pavor y quejas lastimosas.

Ni gente experta, ni poder tenia  
Desarmada Judá; Galaad estaba  
Dormida con reposo  
En la ribera del Jordán umbroso:  
Abatida Isacar se envilecia:  
Dan á los mares su aflicción contaba:  
De Ruben los caminos  
Del bien á los destinos  
Eran cerrados; Benjamin su pecho  
Con piedras golpeaba, ya deshecho  
En largo llanto: Neptali valiente  
Y Zabulon potente  
En Thamach se inmolvaban y en Maguedo:  
De Gad y Aser la esclavizada gente  
La mar surcaba con fatiga y miedo.

¡Qué ha sido de los bravos campeones!  
¡Por qué el pueblo de Dios envilecido  
Suspira gemebundo,  
C en silencio el Tabor le vé profundo!  
¡Qué esperan sus terribles legiones?  
De los valientes de Israel ¡qué ha sido!  
¡Por qué á la lid volando,  
Su humillacion vengando,

No salen contra el impio Cananeo?  
¡Ah!... ¡fuera inútil tan leal deseo!...  
Su lanza de batalla está quebrada,  
Y su tajante espada  
Rota es también y su invencible escudo:  
La estrella de Efraim está eclipsada  
Y Manasés, inerme, yace mudo.

Dios que á su pueblo ve descarriado,  
Vertiendo de su copa los enojos,  
Lo azota inexorable  
Con cadenas de oprobio insoportable:  
Y volviendo á otra parte el rostro airado  
Y de clemencia los benignos ojos,  
Desoys su quebranto  
Y su cobarde llanto.  
Mas no... Que por el dedo misterioso  
Del Dios de los ejércitos glorioso  
Tocada una mujer, se alzó valiente,  
Cual madre habló á su gente,  
Y en Palestina resonó al momento  
De libertad el grito independiente  
Que lanzaron sus hijos por el viento.

Rompiendo, al fin, la grey tiranizada  
De su coyunda el oprobioso lazo,  
Y al impulso divino  
Confando obediente su destino  
De bílico furor embriagada,  
Sin lanza, escudo, ni broquel al brazo,  
Con impetu tremendo  
Su desmayo venciendo  
Corrió á la lid... y tal hábil pelea,  
Que la contraria hueste en sangre humea,  
¡Dios de los suyos batalló á la frente!  
De Adonai patente  
La voz que lanza de la nube el trueno,  
Y al rayo tuerce su veloz corriente,  
Hinchó á Israel de fortaleza el seno.

Los gigantescos muros formidables  
De sólida armazon y espesas trabas  
Que á los siglos retaron,  
Delante el Santo de Jacob rodaron  
Cual átomos y aristas deleznales.  
Las huestes de Barac fieles y bravas  
Asordando los vientos  
Con guerreros acentos,  
Bajo los filos de su espada diestra  
Con brío sin igual en la palestra,  
En menudos fragmentos dividieron  
Y en el campo esparcieron  
Hombres, carros, caballos y banderas;  
Y arneses ricos y botín tuvieron  
De las rivales tropas altanaras.

Las estrellas del cielo más brillantes  
Sin alterar su curso prodigioso  
Ni su órden sobrehumano,  
Guerra también hicieron al tirano,  
Desde sus claros discos rutilantes  
Dardos de fuego á Sisara orgulloso  
Sin cesar disparando,  
Y contra él lidiando  
Por Débora y los suyos. El torrente  
De Cison, pereoso su corriente  
Arrastró con cadáveres sangrientos:  
Y los brutos violentos  
Desbocados huyendo por peñascos,  
Se deshicieron los batientes cascos.

¡Oh Débora! ¡Tu gloria y triunfo canta!...  
¡Barac, tuyo es el campo... álzate en gozo!  
En la vasta llanura  
Como manada en quien su rabia apura  
El tigre carnicero que lo espanta,  
El enemigo yace. El alborozo  
De tus valientes mira,  
Satisfecho respira.  
Del exterminio el ángel su guardaña  
Melló en sus huesos con terrible saña.  
El alavo de Jael con un martillo,  
Del ósado caudillo  
Que maldijo su suerte y nuestros bienes,  
Nuestro esfuerzo emulando y nuestro brillo,  
Dó, parándole exánime, en las sienas.

De Sisara la madre á la ventana  
Presta en espera por el hijo suyo,  
Impaciente decía:  
"¡Que al triunfador detiene!..." y añadía  
Con altanera vanidad insana:  
"¡Cómo tanto se tarda el que es mi orgullo!

"¡Algun encanto acaso  
"Traba el ligero paso  
"De su guerrera yegua voladora?  
"Tal vez esté ocupado en esta hora  
"Del régio triunfo y del botín cuantioso,  
"Separando gozoso  
"Robustos prisioneros, áurea aljaba,  
"Mantos y joyas y collar precioso..."  
"Y en tanto el hijo agonizando estaba!

¡Así, Señor, parezcan confundidos,  
Así conozcan tu poder inmenso  
Los que tu nombre nieguen  
Y fortaleza á disputarte lleguen!  
Que al borde cieguen del abismo heridos  
Y al hondo caigan con veloz descenso,  
Dando á tu pueblo amado  
Campo do resguardado  
De todo mal por tus desvelos more  
Y próspero y feliz siempre te adore,  
Y en larga sucesion crezca triunfante:  
Cual el sol rutilante  
En su Oriente, la grey tuya escogida  
Brille y mil himnos á tu gloria cante  
Siglos eternos de entusiasmo henchida.

JOSÉ ANTONIO GARCÍA DE LA IGLESIA.

*Alcá de Hamares, febrero, 1871.*

## LOS NESAIRYES.

En las gargantas del Líbano, en una de las mil que-  
bradas que forma esta mole de cuatro mil metros de  
elevacion, gigantesco centinela del Asia en el Mediter-  
ráneo, montaña sagrada de los cedros y baluarte inex-  
pugnable de la fé cristiana, vive una poblacion ignora-  
da y misera, cuyo origen es un erimen antiguo, su  
existencia un prodigio y sus hábitos y creencias un  
misterio.

Descendientes de los antiguos sectarios de Hassan,  
profeta igualmente enemigo de los musulmanes y de  
los cristianos, que fundó con algunos disidentes del  
islamismo, poco antes de las Cruzadas, aquella asocia-  
cion fanática y misteriosa que se atribuyó la mision de  
corregir todas las injusticias y de castigar todos los  
crímenes, estos párias de la Siria se llamaban entonces  
*hathenios ó asesinos*, esto es, bebedores de *hasehieh*,  
filtro embriagador cuyos vapores hacen creer que se  
ven y se gozan las delicias del Paraíso. Su jefe residía  
en las montañas del Irak persa y era conocido en Eu-  
ropa bajo el nombre fatídico de *Viejo de la montaña*, en  
árabe *Scheik-ul-Yebel*, denominacion que ha legado á  
una de las montañas que rodean el valle donde Dama-  
co se asienta y que por el desierto avanza hasta la  
Paraisa, sierra elevada cuyos ciclópeos dientes rara vez  
pierde de vista el caminante en aquellas vastas soleda-  
des que sombra, cual siniestra osamenta de una bestia  
inconmensurable.

Desde sus inaccesibles remotas guaridas, el *Viejo de  
la montaña* enviaba á sus sectarios, que ciegos le obede-  
cian, á asesinar las víctimas designadas por su furor.  
Así hizo temblar por espacio de más de dos siglos á los  
príncipes de Occidente y á los califas y emires de Orien-  
te, pereciendo muchos de estos, tres califas y algunos  
ilustres caudillos de las Cruzadas bajo el mudo puñal  
ó el veneno artero de los fanáticos seides que, esparci-  
dos por toda el Asia occidental, ejecutaban las sangui-  
narias venganzas de su terrible jefe. Esta poderosa aso-  
ciacion poseía en toda la Siria puntos fortificados desde  
los cuales salian bandas á saltar los caminos y robar  
las caravanas, hasta que hácia la mitad del siglo XII el  
gran mogol Mangú, cuarto sucesor de Jengis-Khan, los  
exterminó despues de una larga y penosa guerra, des-  
truyó sus últimos fuertes y obligó á su jefe á entregar-  
se á discrecion.

Como en esta guerra hubiera el tártaro solicitado en  
vano el auxilio del califa de Bagdad, terminada que fué,  
envió contra éste un numeroso ejército á las órdenes  
de su hermano Hulagu, el cual tomó por asalto la capi-  
tal del islamismo, que sufrió siete dias de saqueo y vió  
morir con toda su familia al califa Mostasem, quincuagésimo sexto sucesor de Abubekre y trigésimo sétimo  
y último de los Abasidas, con lo cual tuvo fin el imperio  
de esta raza. Y hé aquí como el *Viejo de la montaña*  
y sus asesinos adquirieron su importancia histórica,  
siendo causa indirecta de uno de los más grandes acen-  
tuamientos que registran los anales del mundo orien-  
tal, pues del poder de los mongoles se derivó más tarde  
el de los turcos, que subsiste aún en nuestros días.

Desde el año 1258 no se habló ya más de la secta ferocísima de los *assasinos*; había parecido como parece siempre un cuerpo cuya vida reside toda en la cabeza, cuando es decapitado; pero á manera de fétida laguna disecada, que no inunda ya ni envenena con sus exhalaciones el espacio, desaparece de su alveo primero y dividida en acequias ó arroyos va filtrándose en direcciones varias por las vertientes y senos de la misma montaña hasta que una ley dinámica vuelve á reunirlos, ora en la superficie, ora en unantro de la tierra, así los dispersos elementos de la muerta asociación mutuamente atraídos por la universal repulsión y el instinto de la vida, fueron gravitando poco á poco y se reunieron con el transcurso de los tiempos tras las altas montañas que hoy los guardecen, y son como el velo de ese supremo pudor del crimen que inspira el deseo de ocultarse á todo culpable, y á toda raza de réprobos el instinto de aislarse y vivir lejos del contacto de la atmósfera universal y de la vista de las gentes. Aves nocturnas de la sociedad, baños humanos cuyos ojos ofusca la luz de la civilización, bien están en aquellas perpétuas tinieblas, bien les haya en la soledad del remordimiento que han heredado, sin saberlo, como la mancha del crimen de sus mayores.

Los siglos han borrado hasta su nombre á esta raza infeliz y degradada, que oculta su miseria tras las colinas que rodean la bella ciudad de Trípoli; pero sus instintos perversos y rebeldes subsisten todavía: son saltadores de caminos, perezosos y refractarios al pago de la capitación y demás impuestos que el sultán de Constantinopla exige de sus vasallos, no pudiendo cobrarse sino invadiendo con fuerza armada de regulares ó de *bachibecidos* las aldeas en que moran y ocupando las desfiladeros para que no se retiren á la montaña los moroscos, pues de lo contrario se resisten defendidos por la aspereza del terreno. Este sistema de recaudar los tributos es conocido en nuestro país, por ser el que se emplea en Marruecos y haber sido preciso imitarlo en algunas localidades menos lejanas que el berberisco imperio.

El territorio habitado por los *nesairyes* se extiende desde el río Béared por el S. hasta Antioquía y su población varonil llega á ochenta mil almas, que se dividen en agricultores y pastores, más treinta y seis mil mahometanos distribuidos irregularmente en los pueblos limítrofes, observándose que los *nesairyes* menos aún que los maronitas son susceptibles de juntarse en grandes centros de población, prefiriendo en general vivir dispersos por sus montañas sin formar pueblos de más de trescientas casas. El primero de estos es Hisa, situado á ocho horas de la frontera en el país de Hensen (fortificado), llamado así á causa de las ruinas de un castillo de la Edad Media que allí se encuentra, y sigue á esta comarca la de Guadum, que termina á las tres jornadas, hacia la latitud de la isla de Rousd.

Caminando en el interior, con el horizonte siempre limitado por montañas no tan altas como el Líbano, pero cuyas laderas son fertilísimas y están cubiertas de espesos bosques de tilos, álamos y pinos, se descubren vastos campos ligeramente inclinados donde se cultiva el tabaco en grande escala. Rebaños de gacelas los recorren veloces, mientras con tardo melancólico paso atraviesa el sendero la reuca de camellos y más lejos traza su arco en la tierra el arado que conduce una pareja de búfalos.

Este es el animal más útil que se cria en estas comarcas del Líbano, donde se encuentran también muchos javalies, algunas mártas zibelinas y tal cual puerco-espín. La hiena es rara; pero se encuentra algunas veces. A pesar de estos elementos de riqueza, el pueblo *nesairyo* es el más pobre de todos é inferior hasta al de los *metualis*, viven errantes por las montañas ó perdidos en la soledad de los valles en un estado de embrutecimiento completo, ya sea porque abusen del *haschéh*, ya porque, descendientes de una raza de bebedores de este filtro trastornador, han heredado y tienen en su organización los principios enervantes que le constituyen. Hasta su lenguaje es bárbaro y confuso, siendo muy difícil entenderlos á los demás árabes vecinos suyos. Así, medio desahucos, y comiendo trigo machacado entre dos piedras, bebiendo el agua de una cascada ó del río Adonis, hoy Nahar-Ibrahim, y aspirando el aire puro de los bosques, viven largos años en la atonía de la imbecilidad, siguiendo en general las costumbres de los demás pueblos cercanos, sin excluir la poligamia, que es tal vez una necesidad de aquellos climas.

Únicamente sus prácticas religiosas presentan algunas particularidades, revelando en su conjunto una mezcla de supersticiones y creencias tomadas de los diversos cultos que sucesivamente han profesado los dominadores del país y observan hoy las demás razas que

lo pueblan. Así, de los drusos han tomado su fé en la metempsicosis y creen que el alma humana descansa durante cierto tiempo en el seno de un animal, noble unas veces y vil otras, según las virtudes ó los vicios que en el mundo tuvo el difunto, hasta que purgado sus pecados se purifica y es digna de ocupar una estrella que de antemano la está designada, y en la que residirá eternamente. Esta superstición, es el origen de las denominaciones de *solaris* y *lunar* en que se dividen. Tanto unos como otros rezan tres veces al día, siendo la oración más larga la de la mañana y estando obligados á repetirla; y si por acaso acierta á pasar mientras la hacen alguna persona desconocida ó de religión diferente, ó bien un animal contrahecho, los efectos de la oración son nulos y es preciso repetirla.

También hay una tercera secta de ismaelitas, así llamados porque, participando de los mismos errores que aquellos, los mezclan con principios del Koran, como los otros adulteran para su uso el Evangelio, pues si bien han creído algunos viajeros que estas prácticas exteriores son hipócritas y no tienen más objeto que atraerse unos la benevolencia de los cristianos y otros la de los musulmanes, ostentando falsas analogías, mientras ocultan sus verdaderas creencias, me han conducido á pensar mis observaciones que aquellos cerebros oscuros y perturbados no discernen claramente noción alguna superior y distinta, sino que inconscientemente y por espíritu de imitación se asimilan las máximas más heterogéneas y discordes.

Hay doce mil ismaelitas; pero no todos, sino únicamente algunos hombres elegidos, están iniciados en las ceremonias de este rito, el cual difiere del de los *solaris* y *lunar* en que ademas adoran á la mujer como madre del género humano y la tributan en misteriosas ceremonias, que tienen lugar dentro de ocultos templos, un culto enteramente pagano; pero á estos sacrificios al bello sexo sólo son admitidos generalmente los individuos de la clase sacerdotal y algunos que otro joven novicio, no habiendo nunca más que una mujer ya iniciada.

Los detalles de esta ceremonia, que ningún europeo ha podido presenciar, se conocen por relaciones confidenciales de algunos *nesairyes*; y la exactitud está confirmada por un documento arábigo encontrado diez años hace en el *araback* de un ismaelita muerto en rifa por un soldado turco, documento que trajo en 1868 el joven y aventajado orientalista D. Adolfo Rivadeneyra, si bien no se atrevió á publicarlo más que en latín por lo escabroso de ciertos detalles del ritual, los cuales no son enteramente desconocidos en la culta Europa; pero no pueden ni deben divulgarse.

Esta misma indescriptible ceremonia completa la prueba y acaba la convicción de que la religión de los *nesairyes* es confusa mezcla y abigarrado conjunto de fragmentos de otras, pues se sabe el ferviente culto que tributaban á Venus y Adonis los fenicios cuando dominaban en el Líbano, y la tradición ha conservado la romántica fábula de que este dios de la hermosura, fué muerto en una cacería por Marte transformado en javalí. Venus que le amaba, convirtió entonces el cadáver de su amante en rosa blanca y, acariciándola con la mano, una espina hizo brotar su sangre y tiñó de púrpura la más bella de las flores, á lo cual se atribuía despues el rojo color que las aguas del Nahar-Ibrahim toman en cierta época del año \*. En memoria de la muerte de Adonis se instituyó una fiesta pagana que se celebraba en el Otoño y durante la cual las mujeres mesaban sus cabellos, desgarraban sus vestiduras y lanzaban lastimosos ayes, llorando la muerte del más bello de los hombres.

Ficción poética y delicada, porque Adonis representa el sol, el sol que huye y se oculta al llegar el invierno dejando sombría y de luto á la naturaleza entera; pero donde el culto de Paphos ha estado en tanta boga, no es extraño haya dejado huellas y que sus reminiscencias las conserve principalmente el pueblo más sensual y degradado de cuantos habitan esta parte del Asia.

A. DE MENTABERRY.

## EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO.

Sr. D. Ramón Golcoerrotea

Mi querido amigo: yo no tengo fuerzas, ni valor, ni datos, ni espacio para escribir un estudio biográfico de nuestro ilustre Cánovas, que fuese digno de él, de LA

\* Este fenómeno se explica perfectamente. Las tierras de la orilla son rocas de disipando en muchas partes, y en las crecidas la corriente las arrastra y presta al río su sangriento color.

ILUSTRACION, de sus lectores y de Vd., que me hizo el honor de encomendármelo. La impremeditación con que acepté el encargo, hija del hondo, antiguo afecto, que á nuestro insigne amigo profesó, me impone en este instante la ruborosa ingenuidad con que declaro mi ligereza. ¿Qué ménos he de hacer para expiarla? Y, sin embargo, no es todo humildad en este confesado fracaso. Si me guarda Vd. el secreto, le diré que hace tiempo abrigó el propósito de escribir sobre Cánovas y su importante participación en el agitado período social y político de nuestra patria á que asistimos, un libro. Queda, pues, sonriéndose esta esperanza como futura revancha de mi inútil temeridad de hoy. Mas entretanto déjeme Vd. salir de mi presente compromiso departiendo confidencial y brevemente con Vd. mismo acerca de ese distinguido actor, por tantos títulos notable, de nuestra pública escena.

Yo conozco poco la historia de su noviciado madrileño. Sus primeros triunfos literarios llegaron á mi oído en alas de su naciente honrosa reputación, en el seno de la hermosa ciudad que á él y á mí nos vio nacer; él era ya poeta y prosista notable, periodista que se codeaba con los Pachecos, Morones y Ríos, aupándose con la precocidad del mérito propio la que faltaba á su edad y á su historia, cuando mi oscura vida de provinciano se consumía sólo en el ansia de dejarla; y cuando me fué dado cambiar definitivamente nuestra industriosa Málaga iletrada por este caro Madrid del ocio inteligente, Cánovas había ya podido, y no había querido, ser dos veces ministro. Lo que sé, pues, del aventajado estudiante de 1840, del discípulo querido del sabio Estébanez; del juvenil, brillante discipulo de la Universidad; del ingenioso, chispeante tertuliano del *café del Principio*; del aplaudido explicador del Ateneo; del incisivo, batallador, profundo articulista de la primitiva *Patria*; del autor de la mejor novela histórica española, *La campana de Husca*; del que cambió con el programa de Manzanares la rota de Vicálvaro en la revolución triunfante de 1854; del digno étnico de Posada Herrera como hombre de administración; del que, en fin, supo hallar en la prodigiosa fuerza de su voluntad auxilio bastante á su talento para dedicar los mejores días de su juventud á las más graves seriedades del hombre pensador, y en ocho años de devoradas amarguras, de secretas penalidades vencidas, de aplicación incesante, de solitarias vigilias, de austeras costumbres, echó el sólido cimiento de una carrera, de una nombradía y de una respetabilidad ciertamente envidiables; lo que sé de ese Cánovas de ayer, lo sé sólo por referencia.

En cambio, amigo Golcoerrotea, el Cánovas de hoy, el autorizado hombre público en la plenitud, por decirlo así, de su existencia y de su renombre, á cuyos triunfos, á cuyas vicisitudes, á cuyas empresas intelectuales me ha sido dado asistir con el doble título de amigo y de admirador; este Cánovas puede y debe merecerme algunas imparciales consideraciones. No serán escas para usted nuevas, puesto que las hemos hecho juntos al discurrir amigablemente, y más de una vez, sobre la especial situación de nuestro predilecto maestro; mas permítame usted que las recuerde aquí, y que hagan ellas, mal ó bien, el artículo que Vd. espera.

Hay indudablemente en el fondo de la opinión pública, respecto á Cánovas, una convicción que alcanza igualmente á sus amigos y á sus adversarios; y es la del importante papel que todavía le está reservado en la política española. Con ser ya, como lo es, notabilidad del pasado, todo el mundo prevé fácilmente que debe serlo mucho más trascendentalmente en el porvenir. Y aparte el general conocimiento de sus condiciones y de la racional seguridad que hacen concebir en este punto su edad, su aplicación asidua, su amor nunca entibiado á las grandes contiendas de la cosa pública, hay un hecho concreto y práctico que abona en todas esas esperanzas; y es la actitud política que Cánovas tomó, guardó y conserva en el seno del nuevo orden de cosas insurgido y desarrollado por la revolución de Setiembre.

El día 5 de junio de 1837, decía Cánovas en el Congreso al último gobierno del moderantismo: «Si este país está todavía condenado, por su desgracia, y la de todos nosotros, á pasar por una gran revolución política; si esa revolución viene, yo me presentaré ante ella con mi cabeza muy erguida... Aquel gobierno no creyó en la profecía, porque aquel gobierno, como el marido de la gran comedia de Ventura de la Vega, era el único que no sabía lo que se preparaba á su alrededor; mas la profecía se cumplió un año despues, la revolución vino, y vino como todas á ser juez desagraviado, pero mereciendo de algo y de alguien; y Cánovas, que tenía la conciencia de no ser solidario de los funestos errores que engendraron el catolicismo, cumplió su promesa, y se



ROMERÍA DE SAN ANTONIO DE LA FLOSIDA.

presentó con frente serena ante la revolución desde su primer día.

¿Y por qué no había de hacerlo? Ya que como personalidad en nada podía afectarla, ¿podía tampoco, por ventura, sorprenderle la explosión revolucionaria como teoría, como advenimiento de nuevos principios y de nuevos poderes nacidos del movimiento universal de las ideas en nuestra época? Nada menos que eso; el hecho revolucionario estaba en cierto modo anunciado, y con grande anticipación, por el mismo Cánovas. Durante su ministerio de 1864, le oímos un gran discurso en la

Cámara popular, el mejor, á mi juicio, de todos los suyos; y en aquella profundísima, inspirada improvisación, contestando al Sr. Barzanallana, tuvo Cánovas el valor, inusitado hasta entonces en el banco azul, de decir: «Aunque una nación, por circunstancias excepcionales, haya tenido nnas veces la desgracia, como la tuvo España desde el siglo XVI, como la tuvo Inglaterra en aquella misma época, de separarse de la corriente general de la civilización, llega un día en que al fin inevitablemente se juntan; por eso nosotros desde el despotismo teocrático caminamos incontestablemente á la liber-

tad, no lo dude el Sr. Barzanallana; y la Inglaterra, por diversa senda, de distinto modo, marcha á confundirse con la democracia continental. No, no lo impediréis esto; es en vano que lo intenteis siquiera, que si lo impediréis no sería verdad, como lo es, la unidad del espíritu humano. Se irá á la democracia, á cierta democracia en todas partes, á la ruina de las desigualdades sociales; se irá al derecho común en todas partes, lo mismo en Inglaterra que en todas las naciones; un poco antes, un poco despues, se irá; no hay duda alguna.»

Vino, pues, esa transformación prevista, esa democra-

gia fatal; vino la revolucion, aquella revolucion que los sentimentales ojos de Aparisi habian visto tambien con la mano en la aldaba de casa. Cánovas pudo servirle directa y dignamente. ¿Quién se lo impedia? ¿Su dinastismo? Rotas estaban sus relaciones, desde julio de 1866, con el solitario alcázar régio en cuyos muros no halló despues un solo eco piadoso el funeral de O'Donnell. Cánovas habia cumplido, como el que más, en el seno de nuestro partido, hasta el último deber de aquel indol y patriótico afán que la union liberal tuvo por hacer compatibles la libertad y el trono

la libertad. Pero tambien había dicho Cánovas á aquellos hombres: «Yo no quiero ese ideal; á mí me repugna todo espacio de silencio en la historia; por eso no quiero yo la muerte del espíritu político; quiero que se le contenga momentáneamente, cuando haya absoluta necesidad de ello; á la raíz de una gran perturbacion; pero que se le deje volar libremente tan pronto como la inminencia del riesgo sea pasada. Yo quiero, en resumen, la lucha; con la lucha se mantiene la actividad humana; con la lucha y la controversia se forman los grandes caracteres, se desarrollan las inteligencias, se acrecientan

construccion social, de su mejoramiento sólido y decoroso.

Fiel, pues, ante todo, á sus principios, Cánovas ha representado, dentro de la nueva esfera revolucionaria, los intereses y los sentimientos liberales-conservadores. «Nada hay, á la verdad, tan raro, ha dicho él en su introduccion á *Los problemas del socialismo*, de Pastor Díaz, como el reconocimiento de los propios deberes en los dias de confusion general; ni hay más difícil nada, que en tales ocasiones cumplirlos;» y él ha sabido cumplir—no es posible negarlo—los que, desde sus indes-



COCHE PARA EL SERVICIO DE LA TRAM-VIA DE MADRID.

de Vergara. El desterrado de Carrion de los Condes tenia, ademas, bien saldadas sus cuentas con la ingratitud borbónica, y este saldo era, en todo caso, y por completo, á su favor. Verdad que él no habia, sin embargo, ayudado en nada á la revolucion, y que cuantos habiamos sido, en alta ó en baja escala, autores y organizadores del tenebroso prólogo, habiamos visto estrellarse nuestros esfuerzos y nuestros ruegos en el noble quijotismo del ex-ministro de la reina; pero la revolucion, hecha sin su concurso, contra su deseo, le buscó y le llamó desde el primer instante de su triunfo; en su seno, él podia haber ocupado desde el primer dia los más altos puestos, y haber servido en ellos á su país, mejor acaso que otros revolucionarios del dia siguiente, dentro de la realidad irremediable del hecho consumado. ¿Quién, repito, se lo impedia?

La revolucion venia á resucitar el espíritu político que intentarían ahogar temerariamente en nuestra sociedad los infanzos hombres iniciadores de la reforma del reglamento del Congreso en el mismo año de 1867, los apologistas de la *constitucion interna* del país, los partidarios de un gran período de silencio en cuyas sombras se imaginaban salvar aquel trono que habian hecho insensatamente refractario á los resplandores de

ta al hombre. De la controversia nacen las ideas, los progresos, el bienestar público; la controversia, en fin, produce naciones como Inglaterra, mientras que el silencio produce naciones como la España de Carlos II.

Usted lo sabe y lo cree, como yo, amigo Roman: la revolucion no ha podido contar directa y positivamente con Cánovas, porque Cánovas comprendió desde el primer momento cuál era su mision frente á frente del nuevo orden de cosas. No eran sólo las susceptibilidades de su delicadeza las que le impedian aprovecharse, en poco ó en mucho, de lo que nada le habia debido; no eran sólo tampoco su dinastismo, que pudo durar lógicamente en el periodo interinista; ni su legitimismo, con tan sábia y tan desapasionada sensatez definido por su docta pluma en el prólogo de los coleccionados discursos suyos y de sus amigos en las Constituyentes; era que Cánovas debia representar en el seno de la revolucion, y sin espera, el sentimiento conservador bien entendido, la tradicion, los principios del régimen monárquico-constitucional en su pureza de aplicacion; era que, como hace pocos dias le oimos decir con su habitual, profundo gocejo; él no ha sabido nunca destruir regimenes, metodizar anarquías más ó menos justificadas, y sólo presume de conocer algo la ciencia de la

atendidos puntos de vista, le creó la revolucion misma. Por eso él, que en la propia introduccion citada se declara *individualista* en el sentido filosófico y económico de la palabra; él, que dice que «no es el hombre quien está hecho para la sociedad, sino la sociedad para el hombre», y que «la doctrina opuesta, la teoría de Hegel, lleva como por la mano á la tiranía»; él, que cree, segun proclamó en su discurso de recepcion ante la Academia Española, que «cuanto hay de noble en el hombre no puede bien mostrarse cuando no es libre»; él, que negó en la Asamblea soberana un pretendido doctrinarismo; él pidió, sin embargo, al discurrir en ella nuestro actual Código fundamental, «límites racionales, límites señalados por la ciencia política, límites determinados por la experiencia, á los derechos naturales. Dotad, añadió, á la autoridad judicial ó gubernativa, ó á ambas á la vez, de medios bastantes para encerrar cada derecho individual dentro de sus propios límites, y evitar que ataque ó usurpe los demas derechos, dan prestigio, dan fuerza propia á cada una de las instituciones que creáis, de suerte que á medida que deis más fuerza al individuo, reforzáis más la organizacion del Estado.»

¿Tardará aún mucho tiempo en hacerse, por decirlo

así, ese verdadero sentimiento conservador dentro de la revolución, en ser una verdad normal y fecunda la alternada sustitución de los partidos constitucionales en el poder? Se verá todavía por mucho tiempo entregada la gobernación pública á políticas indeterminadas, á situaciones que tienen, por necesidad suprema, que velar por la salvación y consolidación de lo que debía ya estar libre de toda oposición facciosa, pasado ya en autoridad de cosa juzgada para todas las parcialidades. Tarde esto lo que tarde, que yo pido á Dios sea poco, esta es la cuestión acualmente planteada entre Cánovas y sus amigos, y el actual gobierno y los suyos. Demuestran que están prontos á dejarse sustituir por otras tendencias, por otros criterios que pretenden ser más armónicos y más gubernamentales, dicen aquellos. Demuestran vosotros primero que estáis resueltos á irrevocablemente dentro de la legalidad creada, y tan interesados como nosotros en salvarla y consolidarla, dicen éstos. Y yo, amigo Roman, séame lícito decirlo en mi humildad; yo, unionista revolucionario, estoy con los únicos á quienes veo hoy positivamente en torno de la monarquía, mientras no vea otros mejores; porque desde que la monarquía quitó de mis manos la pluma anti-interinista, estoy, ante todo y sobre todo, con la monarquía.

Pero de todos modos, ¿quién puede dudar que una vez creada la verdadera, ansiada normalidad del nuevo régimen, cuanto en él aspira á representar el sentimiento liberal conservador de las clases que deben abrigarlo en nuestra sociedad, ha de ver á su frente á Cánovas? El puesto está por él, previa é irremplazablemente ocupado; y cuando se oye formular este presentimiento á sus mismos adversarios, se comprende fácilmente la representación que Cánovas viene ejerciendo parlamentariamente, de esperanzas é intereses respetabilísimos; y se comprende que no puede ni debe estar lejano el día en que una palabra del político honrado, del probado hombre de gobierno, del sostenedor infatigable de sus ideas de siempre, le abra de nuevo, y en bien de los intereses públicos, las puertas del poder.

Bosquejada así, amigo mío, siquiera sea con los rapidísimos é inseguros rasgos que estos párrafos escritos al correr de la pluma me permiten, la figura del hombre político, tal cual yo, sin estar, como otras veces, á su lado, pero sin renunciar á la idea de volver á estarlo, la comprendo hoy, séame lícito concluir estos desaliñados apuntes dedicando algunas líneas al Cánovas de quien no ha habido ni habrá causas políticas que me aparten, al Cánovas privado, que Vd. y yo conocemos y queremos tanto.

Hay un modesto cuarto en la calle de la Madera, modesto para quien ya ha ocupado las más superiores posiciones civiles de su país, y modesto hasta en la escogida sencillez de su interior, donde Cánovas tiene su hogar desde hace algunos años, desde el triste día que le arrebató el dulce ángel que fué brevemente su compañera. Viven aún en sus balcones las flores que cuidaba la pura niña, y que ha cantado tiernamente su amado poeta. En ese cuarto tiene Cánovas sus amigos más inseparables, los que no le han abandonado nunca, los que indubitablemente han formado y forman la pasión esencial de su vida: sus libros, que son muchos y buenos. A ese cuarto vamos también los amigos de carne y hueso, ménos instructivos y consoladores, pero no ménos numerosos que aquellos graves representantes de sabiduría poliglota.

Es difícil, muy difícil, ir á la casa de Cánovas sin hallar en ella algún ejemplar, más ó ménos respetable, de esta gran familia de su afecto; porque también es muy difícil encontrar un hombre de la superioridad de Cánovas que recaiga más poderosos atractivos en el trato íntimo. Lo que madame Staël sospechó acaso al ser recibida por el gran Napoleón familiarmente; aquello de que no hay grande hombre para su ayuda de cámara, no debe ser cierto, no lo es; y ahí está Cánovas para atestiguarlo.

Con efecto: esa biblioteca viva y ambulante que se llama Cánovas del Castillo, tiene también una sabrosísima *lectura de puertas adentro*. Esa inteligencia esplendorosa y ese respetable y respetado carácter de nuestra política contemporánea, que tanto brillan en la tribuna, tienen también vivísimos y grates destellos en la semi-ocurridad de su retiro. Esa gran aptitud que parece gozar el raro privilegio de la universalidad, y que, como dice con profunda gracia uno de sus más allegados, el mejor día, si se le ocurre estudiar el violín, cambia al orador, al ex-ministro, al historiador, al autor del luminoso artículo libro sobre *La casa de Austria en España*, al autor del concienzudo discurso sobre las razas sajona y latina, último acontecimiento del Ateneo, en un verdadero Paganini; ese estudiante eterno,

ese iniciado de todas las ciencias, que de lo que sabe más es siempre de lo último que se le habla, ese consultor gratuito y sincero de todas las crisis, de todas las dudas, de todas las ignorancias y de todas las experiencias que lo buscan, pasa también en sumo grado la gran ciencia creadora y práctica de la estimación: la simpatía.

De esta simpatía, incessante é inconscientemente ejercida sobre cuanto le rodea, son insignes auxiliares la igualdad de un genio benévolo, la amenidad de un trato sencillísimo, la afectuosidad inagotable del que ha sabido ser modelo de hijos, de esposos y de hermanos, el chiste esquivo de que es manantial constante una imaginación riquísima, la probidad temperamental del que ha construido con el sudor de su frente cuanto posee, la sensibilidad exuberante de un corazón lleno de caballerosas fibras, y hasta la originalidad de un estilo, de una palabra cuyo aticismo forma, y formará, Dios quiera que por mucho tiempo, la desesperación de andaluces y literatos.

Y ocioso es decir, Roman amigo, que entre los condenados gustosísimamente á esta envidia, se declara sin rubor, y para concluir, con perdón de Cánovas y de Vd., su siempre afectuoso,

S. LOPEZ GUIJARRO.

## EL MONASTERIO DE YUSTE.

Cuando en el siglo XVI marchaban los hijos de Extremadura á la cabeza del progreso humano en todos los ramos del saber, natural era que su país llamase la atención á los espíritus elevados, á pesar de los escasos atractivos que para los vulgares ofrecía. El carácter medio selvático de aquella tierra, que aún conservaba frescas las huellas de tantas razas valerosas á quien había servido de campo de batalla, desde los celtas hasta los moros, en ese siglo, echado como un puente entre la edad media y la edad moderna, estaba en armonía con el carácter de los hombres y la naturaleza de las cosas. Sus bosques seculares, casi impenetrables á la planta humana, de ricas encinas en la llanura, de frondosos castaños y nogales en las montañas, así brindaban albergue retirado y misterioso al monje que en busca de la meditación huía del bullicio del mundo, como solas apacible á los caballeros para la cama, y abrigo seguro á los criminales. La existencia en esos bosques de dos de los más renombrados monasterios de la península ibérica, explica también la atracción universal que ejercía Extremadura en el siglo XVI, á pesar de sus fiebres, de sus rutinas para los hombres vulgares enojados, y de la escasa importancia social que en aquellos tiempos se le concedía.

San Jerónimo de Yuste, que con el monasterio de Guadalupe disputaba la prioridad al mismo Santiago de Compostela y á las más célebres casas religiosas, mereció que un rey grande por sus aciertos como por sus errores, Carlos V, le eligiese para retiro y sepultura. Fundado en la primera mitad del siglo XV, en el lugar más hermoso de la Vera de Plasencia, dominando sus pintorescos valles, cuya descripción hemos hecho en este mismo periódico, \* y rodeado de pequeñas aldeas, nidios de águilas donde en tiempo de los Enriquez se habían educado para la guerra los señores feudales del país, que domesticados ya y civilizados formaban la corte espléndida del emperador; San Jerónimo de Yuste, repetimos, en brazos de la devoción y del espíritu de la época había crecido tanto, que era á mediados del gran siglo una ciudad cenovítica donde se consumían al año 3.000 arrobas de aceite, 28.000 fanegas de trigo, 3.000 carneros, 1.500 cabras, 100 vacas, 150 cerdos, y á este tenor los demás comestibles. \* Su historia literaria, sin embargo, nunca pudo competir con la de Guadalupe, y á no ser por el retiro del emperador, sólo figuraría en los anales de la familia jerónimiana.

Merece á las investigaciones que en los tiempos modernos han hecho sobre este curioso punto histórico el archivero de Simancas D. Tomás González, el erudito belga Mr. Gachard, Stirling en Londres, y Mignet y Pichot en París, \* nos es conocida la época en que Car-

los V concibió la primera idea de retirarse á Yuste á descansar de su gloriosa y agitada existencia, y todos los importantísimos detalles de este suceso, que con la gran conquista de Ultramar forma la llave de oro que cierra la Edad Media en nuestro país.

En junio de 1553, dos años antes de su abdicación, y no algunos meses, como dice Robertson en su *Historia*, mandó que se entregase una gruesa cantidad al provincial de los Jerónimos, para construir al lado del monasterio de Yuste una casa donde pudiera recogerse «con su servidumbre y criados más indispensables en «clase de persona particular». Encargaba el mayor secreto á su hijo el infante D. Felipe, gobernador de España en su ausencia, y la ejecución de las obras á los célebres arquitectos Gaspar de Vega y Alonso de Covarrubias; pero el secreto no fué bien guardado, ni podía serlo á la verdad en un país como Extremadura, donde andaban ecos del mundo llegaban á la sazón. «Hacíanse las obras de frailes que no saben lo que son negocios», dice una carta del contador Almaguer, disculpándose de la divulgación de la noticia.

Las obras empezaron inmediatamente, pues el emperador tenía en ellas tanto empeño, que cuando el joven Felipe marchó á casarse con la reina de Inglaterra, le hizo pasar por Yuste para reconocerlas y apresarlas. El 19 de mayo de 1554 salió el príncipe de Valladolid, á caballo, con reducida escolta, anunciado que iba á buscar á su hermana la princesa viuda de Portugal, que venía á hacerse cargo de la regencia del reino, y á visitar de camino las grandes obras que estaban haciendo. se en Segovia, en el Pardo, en Aranjuez y en Yuste. Al monasterio llegó el 24, día del Corpus, á hora en que pudo asistir á la procesion; examinó las obras minuciosamente, y á la siguiente mañana siguió su camino á Alcántara, después de haber comunicado las últimas órdenes del emperador al prior Fr. Juan, al arquitecto Vega y al hermano Villacastin, lego que desarrolló en las obras de Yuste la habilidad que más tarde pudo lucir por completo en el Escorial.

A pesar de sus vivísimos deseos, el emperador no pudo hacer su abdicación hasta octubre de 1555, y todavía muy entrado el año siguiente, sus enfermedades y otras atenciones le impedían retirarse á España á terminar aquí los escasos días de su vida, libre de negocios y «haciendo penitencia en desquite de sus muchos y graves pecados», según escribía á Andrea Doria, el omnipotente señor del Mediterráneo. Aunque en enero había escrito á su hija doña Juana que para mayo, hasta el 5 de agosto no partiría de Bruselas, precedido de Luis Quijada, con corte y lucido acompañamiento. Tan poseído estaba de ideas religiosas, que el desembarcar en Laredo hizo que su secretario Castelló manifestase al de Estado, Vazquez de Molina, el enojo que sentía de que no se le hubiesen enviado seis capellanes que tenía pedidos por venir los suyos enfermos. Negóse á que en el camino se le hicieran fiestas ni agasajos, y atravesando Castilla la Vieja en pequeñas jornadas, pasó por Burgos y Valladolid, donde la esperaban el general de los jerónimos y el prior de Yuste, siguiendo su camino para Extremadura el 4 de noviembre á las tres y media de la tarde. El 11 llegó á la aldea de Tornavacas, en la Vera de Plasencia, donde pasó la noche viendo pescar truchas con luz artificial. Como era gastrónomo y se veía privado mucho tiempo de las frutas y los comestibles de España, más de una vez por exceso se le agravaron en el camino sus achaques.

Todavía se llama *Pazo del emperador* la superhija garganta por donde fué en línea recta desde Tornavacas á Jarandilla. Los aldeanos de la Vera que habían acudido en gran número, se disputaban el honor de llevar su litera y de abrirle el camino con picos y azadones. \* Luis Quijada iba á su lado con una pica en la mano. Cuando llegó la comitiva á lo más alto de la montaña, desde donde se descubría el hermoso paisaje de la Vera de Plasencia, lo contempló embebecido largo rato, y volviéndose luego al Norte y al tortuoso desfiladero que acababa de recorrer, dijo con solemnidad á Luis Quijada: «No pasaré ya otro en mi vida, sino el de la muerte.» \*

Las obras de Yuste no estaban concluidas, y el emperador tuvo que pasar muchos días en el hermoso palacio del conde de Oropeza en Jarandilla, cuyos jardines

\* En la primera parte de los artículos titulados *La Serranía de la Vera*.

\* *Viaje de España*, por D. Antonio Pons, tomo VII.

\* Son tan conocidos como apreciados entre los inteligentes estos trabajos, cuya iniciativa se debe á nuestro archivero de Simancas, si bien sus herederos han empujado no poco su gloria, vendiendo á los franceses sin manuscrito *Retiro, descripción y muerte del emperador Carlos V*. La obra de Mr. Gachard, la más completa de cuantas se han inspirado en la colección de documentos hecha en Simancas, lleva el mismo título, y se publicó en Bruselas, Gante y Leipzig en 1854 y 55, en tres tomos.

Los inteligentes agregan como tomó cuarto otro libro del mismo Gachard, publicado en 1846, que lleva el título de *Relación de embajadores venecianos por Charles V et Philippe II*.

\* Los de la aldea de Cascos bebieron tanto vino aquella noche a costa del emperador, que quedó en proverbio su borrachera, y en figura de ellos fueron retratados en un sillón del conde, quizás destinado á Carlos V.

\* *Historia de la orden de San Jerónimo*, por Fr. José de Siqueira, parte III, libro 2.

conservan aún magníficas estatuas romanas sacadas de las ruinas de Talavera la Vieja y de la antigua Caparra. Las lluvias y el mal tiempo á todos aburrían, excepto al emperador, que nunca estuvo más alegre. Como ya no le abrumaban los negocios, parecía un hombre escapado de una cárcel. Inauditos esfuerzos hicieron sus favoritos para convencerle de que el país era mal sano y que debía renunciar á sepultarse en Yuste; pero él á nadie dió oídos, y aunque se le agravaron sus males en Jarandilla, como aún allí le perseguían los negocios, á pesar suyo, obligándole á discutir y trabajar, tan pronto como pudo, que fué el 8 de febrero de 1556, se encerró definitivamente en Yuste.

Al Norte del convento se había construido su habitación, abrigada por la iglesia, cuyas paredes eran más altas. Componíase de ocho piezas cuadradas, enteramente iguales, de 25 pies de largo por 20 de ancho, cuatro en piso bajo y cuatro en alto, pues habían tenido que construirse en anfiteatro por la undulación de la montaña. Cada piso estaba separado por un corredor de Este á Oeste, y á él salían todas las habitaciones. El más alto daba á una azotea de grande extensión, donde se formó después, bajo la dirección del emperador mismo, un jardín de naranjos y cidros que, como dice el P. Sigüenza, «se lanzaban por las mismas ventanas de las cuadras alegrándolas con olor, color y verdura.» En el piso alto dormía el emperador, y en su misma alcoba oía misa por una ventana abierta en el muro de la iglesia á la altura del altar mayor.

Aquí murió el 21 de setiembre de 1556, reducido á espacio tan pequeño, después de haber llenado el mundo con su grandeza, aquel hombre que había opuesto su pecho al torrente de la doctrina luterana, quizás con la conciencia perturbada y dudosa de su mismo esfuerzo. Pena nos da oír las profundas consideraciones históricas, políticas y sociales que nos inspira este acontecimiento.

El palacio de Yuste, como le llamaban los aldeanos de la Vera, permaneció religiosamente conservado, después que se trasladaron al Escorial los restos mortales del emperador en 1674. En su misma alcoba se colgó del techo la caja de madera que había guardado su cadáver. Todavía en la segunda mitad del siglo XVII un poeta popular pudo hacer en el siguiente romance una descripción exactísima de aquel precioso retiro \*:

Está el convento de Yuste  
Apartado siete leguas  
De Plasencia, junto á Quincos,  
Hermosa y frondosa aldea.  
San Jerónimo se llama,  
Cuya religión estrecha  
Entre estas blandas delicias  
Vive en dura penitencia.  
En él, hacia el Mediodía,  
Con respeto de la iglesia  
Que espaldas le hace al convento,  
Se labraron ocho piezas.  
Para vuestro (¡tanta!) magestad  
Ni son grandes ni pequeñas,  
Tienen veinte y cuatro pies \*.  
Las cuatro están en la huella,  
Cada el mismo andar del claustro,  
Y las otras cuatro delias  
Van bajado de una en otra,  
Que por estar en ladera  
El convento, el edificio  
Fue obedeciendo á la cuesta,  
De tal suerte, que parece  
Que á la persona venata.  
Estas piezas las dividen  
Dos tránsitos, que atraviesan  
Desde el Oriente á Poniente,  
Y en lo alto está una puerta  
Que esle á una hermosa plaza,  
Cuya máquina sustentan  
Muchas valientes columnas  
De muy bien labrada piedra.  
En este sitio hay mil flores  
Que vienen (¡viven!) en competencia  
De los carrajos y cidros  
De que está la plaza llena.  
En medio tiene una fuente  
Tan grande, que bien pudiera

\* Un artículo publicado en el número 29 del *Semanario Pintoresco* de 1840, dice que la ciudad de Plasencia construyó á su costa esta azotea; pero ni en los historiadores de la orden de San Jerónimo, ni en las riquísimas colecciones de cartas y documentos de González y Gachard, donde se registra hasta el número que dejó á su muerte, hasta los muebles que tenía, hallamos rastro de tal noticia, que á ser cierta no la hubiera omitido tampoco el diligentísimo Fr. Alonso Fernandez, en sus *Anales de Plasencia*.

\* Este romance se ha conservado en el rarísimo libro *Amoridades de la Vera*, de que hablamos también largamente en los artículos citados, y por el estilo debe atribuírsele á su mismo autor, D. Gabriel Azedo de la Berrueta.

\* Veinticinco resultan de los planos que ha publicado Mr. Gellard.

La más arriscada nao  
Temer furiosa tormenta.  
El tránsito hajo salí  
A una dilatada huerta,  
Poblada de varias frutas  
Nativas y extranjeras.  
Tienen estas ocho cuadras,  
Seis francesas chumeneas,  
Y á la parte del Oriente  
Una estufilla flamena.  
De aquí se sale á un jardín  
Adonde la diligencia  
Trujo de celos estruendos  
Plantas y flores diversas;  
Que por no ser naturales  
Una fuente no pequeña  
Con cortesanías corrientes  
Sus raíces lisonja.  
Hay para los oficiales  
Bastante sitio, escaleras  
Descendidas, y ventanas  
Que todo lo señorean:  
Una tribuna que baja  
A la iglesia, tan estrecha  
Que es como una sepultura,  
Voz viva de tierra muerta.  
Ya jardines y ya fuentes  
Toda la ribera certan  
(Esta es cifra de un alcazar)  
Y por las ventanas mismas,  
Lauzas de cristal arrojan,  
Y tanto el cuarto respetan,  
Que si arriba suben pias  
Cuando bajan vuelven perlas,  
Los animosos naranjos,  
Cidros y limones trepan  
Por meterse en las ventanas  
Y admirando las grandezas,  
No del cuarto, de su dueño,  
Van diciendo en agrías lenguas:  
«Grande belda para un fraile,  
«Corto alhergue para un César»

Aunque los franceses el año 1810, incendiaron el convento de Yuste \*, pudo salvarse íntegro el palacio del emperador, defendido por la iglesia á quien salvó de las llamas su solidez. Hasta 1821 se conservaron los muebles y adornos que allí puso su ilustre dueño, espejos de cuerpo entero con grandes marcos de ébano, dorones esquisitos de bronce dorado, etc., etc. De los cuadros de Zurbarán y otras joyas artísticas que constan en el inventario remitido á Felipe II, no sabemos el paradero. En aquella fecha la desamortización sacó á la venta las propiedades del monasterio, y después de correr varias vicisitudes, estando á punto de convertirse en fábrica de sedas en 1830, el palacio de Carlos V ha venido por fortuna á parar á manos del señor marqués de Mirabel, persona tan ilustrada y benemérita, que aun á costa de crecidos gastos ha vuelto á ponerle tal como lo habitaba el emperador.

Poco después de haberlo adquirido, se hundió una gran parte de la galería del palacio, la cual levantó y restauró sin pérdida de momento, con tal esmero é inteligencia, que hoy ofrece su primitivo estado, pues hizo desaparecer algunas alteraciones que le afeaban, introducidas por mano torpe en diversos tiempos. La parte restaurada, en tal manera se confunde con la antigua, que hasta ha tenido el señor marqués de Mirabel el delicado gusto de emplear los mismos ladrillos y piedras que se emplearon en su construcción.

También ha sido restaurada la iglesia contigua al palacio; porque se habían desplomado las bóvedas del hermoso crucero y del coro alto, ya por la injuria de los tiempos, ya porque las resintió el fuego de los franceses.

Habiendo dado á un amigo de Extremadura el encargo de visitarlo, cerraremos este artículo con la sencilla relación que nos hace, y que es tan honrosa para el señor marqués como para el país.

«El estado actual de la fábrica, porque de bienes muebles no existe ninguno que pueda asegurarse que existiera en tiempo del emperador, es el siguiente:

«El palacio está completamente restaurado, y se compone de una galería ó azotea cubierta, que fué en la que Carlos V, se sintió acometido del accidente que puso término á su vida, y á cuya galería se sube, pues está en el piso principal, por una rampa sobre columnas, que arrancan de la puerta exterior de la cerca; sigue una crujía ó corredor que da paso á otra galería por la que se comunicaba Carlos V con el convento hoy destruido; á este corredor, á derecha é izquierda, dan cuatro habitaciones grandes, perfectamente iguales las dos de la derecha, con dos torreones que dan á la huerta y jardín

\* Quizá, en desagravio de Francisco I y por justificar su venganza, atribuyeron los franceses á los monjes de Yuste la crudísima guerra que en la provincia de Cáceres se les hizo. Duró el incendio más de ocho días, consumiendo el molino, el lugar de aceite, toda la techumbre del templo y la parte de fábrica adosada á sus paredes, que se construyó para la servidumbre del emperador, en absoluta incomunicación de los frailes.

del emperador, y las dos de la izquierda, que sólo tiene comunicación la primera con el corredor, dan las propiamente habitadas por Carlos V, componiéndose de un pequeño cuartito en el que apenas cabe una cama, que es el que ocupó Felipe II cuando fué á las exequias, por no creerse digno de ocupar el mismo que había ocupado su padre, una sala cuadrada igual á las del otro lado, en la cual recibía el emperador, y otra enteramente igual que es donde dormía, y que por unas grandes puertas que existen, se comunicaba con el presbiterio de la iglesia, elevado á esa altura para que abriéndolas pudiera desde la cama ver el emperador los divinos oficios. La planta que se llama sala vulgarmente, y no lo es, se comunicaba con la otra por fuera del edificio, y se compone del mismo número de piezas ó cuartos enteramente iguales á los descritos.

«De lo que había en el palacio y el convento, sólo se conserva, y posee el marqués de Mirabel, el ataúd de madera en que primeramente estuvo depositado el cuerpo del emperador, un *manuscrito* del año 1630, redactado por el P. Fray Luis de Santa María, que contiene noticias curiosas \* y una *lista cronológica de los frailes que han existido en dicho convento* desde el año 1403, que continuada por algún otro, alcanzó hasta 1746, con la fecha en que tomaron el hábito y la de profesión. En esta lista está colocado en su lugar correspondiente Carlos I, emperador de romanos y rey de las Españas, día de San Blas á 3 de febrero del año de 1557.—*Exirió á 21 de setiembre de 1555, día de San Mateo á las dos horas de la mañana.*»

V. BARRANTES.

## CARTAS

ACERCA DE LA CUESTION DE LA ÓPERA EN ESPAÑA.

DIREGIDAS Á MR. KARL PITTERS.

### CARTA PRIMERA.

Querido Karl: no es floja la petición que me diriges en tu última interesante carta que acabo de recibir. Deseas, nada ménos, que no sólo te comunique mi manera de pensar en la cuestión de ópera española, sino que te tenga al corriente de cuanto en Madrid se escriba referente á este grave y trascendental acontecimiento.

La ocasión es oportuna y haré todo cuanto pueda para lograr complacerte. Debo, sin embargo, hacer una advertencia: no busques bellezas de estilo en las desaliñadas epístolas que pienso enderezar á tan buen amigo: en cuestiones de arte, y más en esta tan importante, la claridad debe resplandecer ante todo; trataré el asunto con toda la detención posible y sin separarlo nunca del terreno de la música, único que en mi concepto debe ocupar. Sea mi excusa la osadía de la ignorancia que nadie sabrá disculparme mejor que tú, que has nacido en Alemania, que vives en ese país donde la filosofía del arte ha llegado hasta los últimos límites, que eres, en fin, músico de corazón.

Si hace diez meses se hubiese presentado á tí una persona que te hubiera dicho: «Señor Pitters: yo sé que usted tiene compuesta una ópera cuyo libreto está en español; entrégumelo Vd. y yo me comprometo á que la oiga cantar dentro de seis, siete ó ocho meses.» ¿Qué hubieras contestado? Convencido de que á no ser por virtud milagrosa ó arte de encantamiento tu ópera dormiría tranquila el sueño de los condenados al olvido, hubieras calificado de visionario al autor de la proposición.

Y esto es evidente: la frase «ópera española» se pronuncia fácilmente; pero las inmensas dificultades que es necesario vencer cuando se desea poner una en escena, pasan desapercibidas para la mayor parte del público. Al pensar en llevar á cabo la representación de la ópera, ¡cuántas ideas no se habrían agolpado en tu mente! La partitura, el teatro, las decoraciones, la copia de papeles, los cantantes, la orquesta, la dirección, los ensayos... «No, no puede ser, hubieras exclamado, vuelva usted más tarde, buen hombre, y mil gracias por su oferta.»

Y sin embargo ha podido ser y ha sido. Se necesitaba un milagro; pues el milagro está hecho.

Hé aquí el origen de la cuestión que hoy coloca la pluma en mis manos. El *Centro Artístico y Literario* concibió el proyecto de poner en escena óperas de compositores españoles. Como ensayo nada más y con el

\* No nos dice más en la carta. Escusamos advertir que hemos podido inmediatamente noticias detalladas de ese manuscrito, que era para nosotros enteramente desconocido, á pesar de nuestras constantes investigaciones sobre la bibliografía extremeña.

mentos relativamente muy reducidos para los que estos espectáculos requirieren, se cantó en el teatro de la Alhambra la primera obra debida á la pluma de un joven vascongado llamado D. Valentin Zubiaurre. El éxito fué grandísimo y coronó dignamente los esfuerzos del Centro y el talento del novel autor de la ópera, á pesar de no haberse cantado ésta en un teatro espacioso, con orquesta numerosa y con toda la *mise en scéne* y los demás elementos que su argumento requiera.

Asegurado ya el éxito de la obra por el creciente entusiasmo que sus siguientes representaciones produjeron en el público, la cuestión de la ópera española ha adquirido vida, ha sido el objeto de todas las conversaciones y ha concluido por lanzarse candente á la arena periodística. El interés que ha despertado en Madrid y que, llevado por la prensa, se extenderá muy luego por toda España, constituye una prueba, á mi juicio, concluyente, de que la semilla que ha sembrado el Centro Artístico y Literario empieza á producir sus frutos. Y que estos adquirirán lozanía, que madurarán y serán gustados por todos aquellos en cuyo paladar no hayan hecho estragos los malos alimentos, cosa es que, paremi, se halla fuera de duda. El tiempo se encargará de darnos la razón.

Varios son los escritos que con respecto á esta materia han visto hasta ahora la luz pública. Yo, como puedes suponer, los he leído con avidez, los he estudiado detenidamente y he visto que todos están conformes en una afirmación: en que la ópera española será un hecho... cuando Palestrina se tome el trabajo de escribirle y dedicarle alguna nueva *Improperia*. Y como esto no puede suceder, échate á reflexionar cuando llegará la época en que los venturosos españoles podamos exclamar: "ya tenemos ópera española..."

Por supuesto que, á decir verdad, los autores de los escritos citados tienen razón que les sobra. Son tantas las dificultades que amontonan, tantos los requisitos que según ellos son, no sólo necesarios, sino indispensables, que te confieso con franqueza: se requiere un valor heróico para no desfallecer bajo el peso de tan terribles angustias! Se ha presentado este problema como un fantasma aterrador, como un verdadero *coco* destinado á llevar el espanto, el *adlese* quien pueda á las animosas huesas de nuestra juventud musical.

El libreto de la ópera debe versar sobre tal asunto, escribirse de esta manera; el corte de la música ha de ser así, los ritmos tendrán este carácter, la melodía aquel otro; el argumento no puede tratarse sino en cual forma; el compositor se ajustará á estas, aquellas y las otras reglas, y sobre todo mucho ojo en que los cantos estén basados en aires populares españoles. Porque, mire usted, ahí está la escuela italiana, la escuela alemana y la escuela francesa; examine Vd. el desarrollo del arte en estas naciones y verá Vd. lo que ha pasado. Ydale y vuelta con las dichas escuelas; y lees los artículos, y vuelves á leerlos, y te encuentras con que nadie te dice una palabra de lo que es escuela italiana, escuela alemana ni escuela francesa. Eso sí, después de varias frases henchidas de figuras exuberantes y lozanas como la vegetación de los trópicos, de palabras huecas y sin sentido al final de las cuales sacas la dolorosa consecuencia de que tu inteligencia forma un ángulo obtuso de 400° cuando menos, porque no entiendes de ellas ni una palabra; después de estas brillantes declamaciones hay, por supuesto muy embocado, así como quien quiere y no se atreve, aquello de: "ahí tiene Vd. la zarzuela; se han escrito zarzuelas muy notables; la verdadera música popular es la zarzuela. Vamos á ver; ¿y qué me dice Vd. de la zarzuela? Me parece á mí que la zarzuela tiene condiciones."

En una palabra, voy á sintetizar los artículos que se han escrito hasta ahora, artículos que si yo fuera suepica me atrevería á crear obedecen á una consigna: la de matar la ópera española, extraviando la opinión, presentando un cúmulo de dificultades insuperables, llevando el asunto á un terreno obscuro, hablando de épocas generadoras, de Calderón, Tirso, Moratin y todos nuestros óslebres autores dramáticos, cuando de lo que se debía hablar es de la melodía, armonía é instrumentación; cuando lo que debía explicarse es la manera como se formaron las escuelas, el estilo de cada compositor, los progresos que ha alcanzado el arte, merced á los recursos que se han ido descubriendo; ilustrar, en una palabra, la opinión y animar á los compositores á quienes se pretende amedrentar con aterradoras visiones, producto de imaginaciones poco versadas en los secretos del arte, ó enemigas, por conveniencia, del ramo de éste que hoy se pretende implantar en España.

Los artículos vienen á decir poco más ó menos lo siguiente:

"Caballeros: Vds. quieren que haya en España ópera

española. ¡Oh! es una gran idea, sublime, piramidal. ¿quién lo duda? Nosotros somos también partidarios (!) de ella, pero, amigo, Vds. se hacen muchas ilusiones. No han nacido Vds., y perdonen el modo de señalar, para escribir óperas españolas; y cuenta que al hablarles así deben Vds. agradecer nuestra *leal franqueza*, nuestra abnegación; nosotros no somos optimistas; ríase Vda. de esos espíritus atolondrados que todo lo ven de color de rosa. Porque, vamos á ver, ¿qué se entiende por ópera española? Ópera española es aquella cuyo libreto, entresacado de hechos españoles, está escrito por autor español, cuya música tiene un carácter español, y se halla fundada en aires populares españoles, cantada por cantantes españoles, y cuya orquesta, teatro, decoraciones, apuntador, maquinistas y comparsas, no tienen más nacionalidad que la española. ¡Qué nos importa á nosotros que los italianos, alemanes y franceses, no hayan hecho caso de estos requisitos!

¿Qué tiene que ver con nuestra irrefutable opinión que Bellini fuera á buscar en Escocia sus *Puritinos*; que Donizeti no desdenara escribir su *Favorita* y *Sancia di Castiglia* para argumentos de nuestra querida patria, ó inspirarse en asuntos de Francia, de Escocia y de Inglaterra al componer su *María di Rohan*, *Lucia* y *Ana Bolena*; que el *Barbero* que tuvo la fortuna de ser objeto de una de las más bellas creaciones de Rossini, no naciera en Pésaro, sino en la ciudad de la Giralda, como Guillermo Tell en Suiza; que Bethowen colocara su *Fidelio* en Milan, que Auber prefiriera una *Matta di Portici* á un cojo, ó á un manco de las guerras del imperio francés para inmortalizar su nombre; que Halevy se trasladara á Costanza con su *Hébreo*, y que Verdi haya recogido en los romances, en las tradiciones y en la historia de España la inspiración de que brotaron *Hernani*, *Il Trovatore*, *La Jorza del destino* y *D. Carlos*!

Los italianos, los alemanes y los franceses se han cuidado muy poco de las naciones en que tenían lugar los argumentos de las óperas que han escrito. Comprendiendo su misión de trasladar al lenguaje musical las situaciones creadas por los poetas, no han hecho sino examinar la importancia de estas situaciones y el interés del argumento, sin pararse á imprimir al libro un sello de nacionalidad que no puede tener sino en situaciones muy contadas. Si entré estos argumentos se ha presentado alguno basado en un hecho importante de un país cualquiera, cierto que lo han acogido con entusiasmo; pero sin desdenar los demás, que la música, como lenguaje universal, puede abarcar perfectamente.

Esto es lo que han hecho en otras partes los compositores que han dado honra al arte y lo han elevado á inmensa altura. Pero á nosotros ¿qué nos importa eso! ¿Qué tenemos que ver con lo que hagan los demás? No, señor; nosotros necesitamos ópera española, muy española, y no pararemos hasta hacer cantar una jota á Felipe II. ¿Quiéren Vds. cantos populares? Ahí está la zarzuela. Lo demás es un sueño."

Hé aquí los argumentos que yo me propongo rebatir; hé aquí la cuestión que yo deseo exaltar, querido Karl. Para esto necesito demostrar que lo que se quiere en España no es la ópera española, la ópera nacional, no. El arte es cosmopolita, no admite nacionalidades. Lo que aquí necesitamos es la implantación de la ópera escrita por compositores españoles, idea grande, idea patriótica, puesto que patriótica es todo acontecimiento

que marca un paso grande, fecundo, en la cultura y adelanto de un arte.

El asunto es espinoso, difícil y superior á mis débiles fuerzas; pero ¿quién dijo miedo! Yo te hablaré de Italia, de Alemania, de Francia, de Rusia; yo te hablaré de *escuelas*, libretos, cantos populares; yo te hablaré de todo eso; y cuando haya un compositor, uno sólo, que escriba cuatro óperas como el *Don Fernando* de Zubiaurre; cuando dos ó tres compositores de talento imiten con felicidad al primero, entonces yo te diré en qué consiste la ópera española; es más, te dirigiré una carta que empezará con estas palabras, escritas en caracteres muy grandes: "Ya tenemos en España ópera española."

ANTONIO PEÑA Y GOSTI.

TRAM-VÍA DE MADRID.

El día 31 del último mes de mayo tuvo lugar la inauguración de la tram-vía, cuyos coches han de recorrer por ahora la distancia que hay entre la Puerta del Sol y la conclusión de la calle de Serrano.

Renunciamos al placer de describir la magnífica fiesta en la que tomaron parte más de trescientas personas, en representación del Parlamento, del Gobierno, de la industria, del comercio, de la prensa, de las academias, de la literatura, de la banca y de todas las clases sociales, porque ya lo han hecho los periódicos que por publicarse diariamente pueden adelantar estas noticias.

La tram-vía es del sistema Louvet, perfeccionado, el mismo que se aplica en los Estados Unidos.

La construcción se hace por la casa inglesa de Morris, por unos planos que facilitó el ingeniero Sr. Ross, modificado por D. Enrique Gora, ingeniero director de las obras.

No llegará el mes de setiembre próximo sin que esté sentada la vía y abierta á la explotación en la calle Mayor, plaza de Palacio, calle de Bailén y barrios del Príncipe Pio y de Pozas.

En la explotación se emplearán cinco veinte caballos y veinticuatro coches.

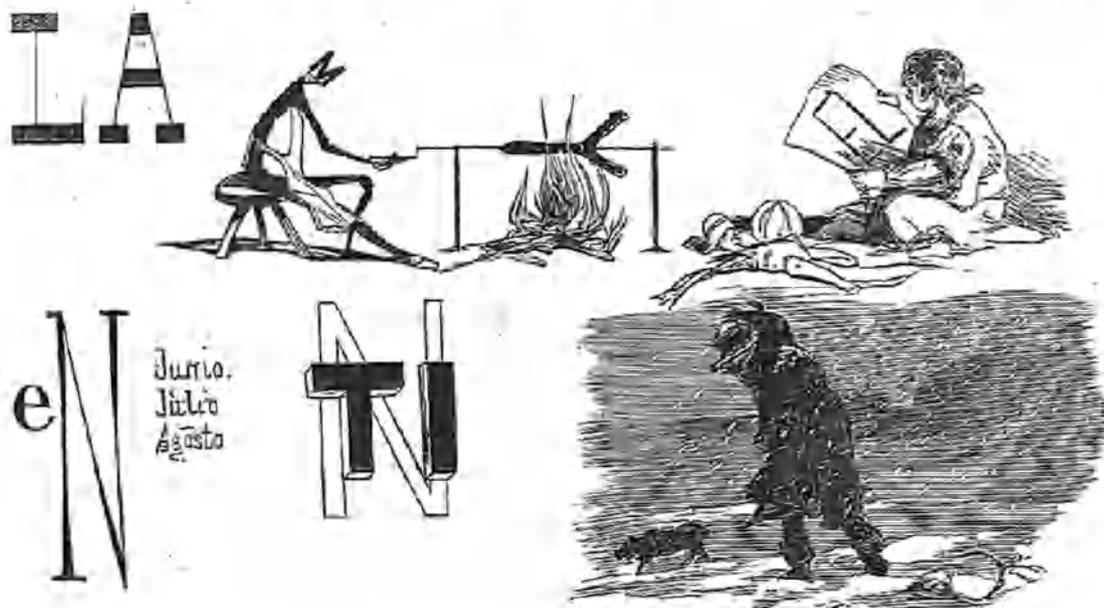
Estos, que son del mejor gusto, como verán nuestros suscritores de provincias y del extranjero en la copia de uno de dichos carruajes que publicamos en el presente número de *La Ilustración*, han sido hábilmente trabajados bajo la dirección de la casa de Morris, y á pesar de las buenas condiciones que les distinguen, pronto se establecerán otros de más lujo.

La tarifa que rige actualmente es provisional y tanto ésta como el movimiento de trenes se acomodará á las necesidades de la localidad, cuando la circulación se extienda á toda la línea.

Sabemos que la importante casa de Morris se dispone á emprender en España, y singularmente en Madrid, otras obras de mayor importancia que la no pequeña que acaba de realizar, y que exigen desahucios más cuantiosos que los no despreciables empleados en su útil y bien construido tram-vía de nuestra capital; para llevar á cabo sus fecundos planes no necesita otra cosa que no encontrar, como esperamos no encuentre, dificultades en los centros administrativos.

Deseamos que la tram-vía de Madrid alcance la prosperidad que merecen los nobles esfuerzos de sus inteligentes propietarios.

JEROGLIFICO.



La ilustración del tram-vía próximo.